

Josefina Estrada

VIRGEN DE MEDIANOCHE



de

Lectulandia

Puede decirse que *Virgen de medianoche* es una novela testimonial o un testimonio novelado. Su protagonista es Fortuna Faik, quien narra escenas de su vida a alguien innominado que no es sino Josefina Estrada. La mujer se ha dedicado la mayor parte de su vida a la prostitución, y por eso conoce al dedillo todos los ambientes de la prostitución en la ciudad de México: ha sido puta callejera, de casa de citas, de bares y centros nocturnos, edecán de agencia, etcétera, e incluso arriesgó su capital para instalar su propio lupanar.

Lectulandia

Josefina Estrada

Virgen de medianoche

ePub r1.0

Titivillus 09.11.2017

Título original: *Virgen de medianoche*

Josefina Estrada, 1996

Diseño de cubierta: Alberto Vega

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Ricardo Garibay

En la cara tengo una marca, una cruz: la *p* de puta. De prostituta, mejor dicho. Con maquillaje la disimulo, pero ahí sigue. Igual, empieza con *p*. Aunque no significan lo mismo. Una prostituta es una profesional del amor: te hace *show*, te baila, te canta, te mama, te chifla, te besa, te mima, te regaña, te escupe, te zangolotea, te barre, te trapea, te sube a las nubes, te da un chingadazo... Todo. Una puta, en cambio, sólo abre las patas: «¿Ya? A ver a qué horas.» Mientras lee o fuma. Ni se mueve ni se quita el brassier. «Cógeme, vente y lárgate.» No se vale. Eso se llama abuso de urgencia. La putas se olvidan de los necesitados, de los que llegan diciendo: «Hazme lo que quieras...» De aquellos que compran amor y saben aprovecharlo. De los que pagan para ser mimados. La gente que me ha tratado sabe que no soy una vieja mala, mañosa, enferma. Soy inteligente, culta, bonita, de buena piel y agradable olor. Que entiende cuál fue el trato: «Ya te cogí, ya te pagué, adiós.» Al otro día, yo tengo mis problemas y él los suyos. Sin complicaciones.

No es fácil. No cualquiera te hace pasar un rato agradable. Aunque hayas pagado... En Insurgentes, a veces, no me llegan al precio, pero para no perder al cliente, les digo:

—Okey, ¿cuánto traes?

—No, pues, 200 varos.

Entonces les propongo ir a un estacionamiento, donde le doy diez pesos de propina al velador. Entramos, les doy su mamadita y ahí nos vemos. Antes, los mandaba a chingar a su madre:

—No jodas, soy prosti, no mamadora.

Hay muchos que andan erizos con sus novias, amantes, esposas, y se lanzan a buscar una mamadita. La mamada siempre la hago con condón, aunque muchos dicen que así ni sabe. Cuando voy al hotel con un cliente por segunda vez, para variar el menú, para que no se aburra, se lo mamo. Si rechazan el condón, entonces te lo metes a la boca y lo vas bajando, conforme vas mamando. Pero luego te encuentras unas mirruñas de pititos que el condón se pierde. ¡Ay!, pero cuando te hallas vergotas ricas, el condón embona per-fec-to. El cliente cree que se lo estoy haciendo en vivo y a todo color. Pero cuando es un pitito, ¿cómo le haces? Hasta con lupa lo tienes que andar buscando, ya erecto es del tamaño de mi dedo meñique. Una madrecita

horrible: una verruga. Hasta me río. No tan descarado como otras, que hasta les cobran el doble por exhibir esa chingaderita. ¡Qué güeva dan! Me cai: el clítoris de una vieja es más grande que ciertas pirinolitas. Por fortuna me han tocado señores hermosos, preciosos, aunque gordos, que si no te cogen bien, ya te aplastaron.

A la mayoría de los hombres les preocupa mucho el tamaño de su pene. Por eso, cuando me preguntan que qué me gusta más, si uno pequeño o uno grande, les respondo que aunque sea chiquito, pero rinconera; conque se sepa mover y dé satisfacción. Eso les digo, pero la pura verdad: no hay nada más rico que un pene grande. Que de sólo mirarlo te den ganas de hincarte y besarlo y adorarlo: sano, nerviudo, erectísimo, fuerte. Puede estar prieto, morado, azul, blanco, rosa... Con circuncisión, cabezón, grueso, delgado, ovalado, medio chuequito, puntiagudo, lánguido, flácido, agh...

En testículos también hay variedad: grandes, chicos, medianos, verdes, cafecitos, beiges, nacarados, lisos, negros, arrugados... Besarles los huevos, chupárselos, ¡ut!, los vuelve locos. Les encanta. No te lo van a decir, si son muy decentes, nada más van a poner cara de fascinación. Pero es elemental, nada es comparable al rigor de la lengua, a la suavidad interna de la boca, que recuerda la humedad de la vagina y de los labios genitales... Se vienen irremediamente. Y sin remedio me trago el esperma. Lo debería ver normal, ya tantos años, pero todavía me causa náuseas, así sean del pito más gallardo. Horrible. ¿Cómo escupo? Si lo tengo bien metido, por dónde, ¿por las orejas? Algunos sienten el asco que me provocan, pero te recuerdan:

—Estás cobrando, hija, llégale.

El ano también es una parte muy sensible, pero no lo trabajo. ¡A mí me perdonan! Pero no le voy a andar oliendo la cola a cualquiera aunque se acabe de bañar. Al acariciar el pito o al hacer la pose del 69, mi nariz llega un poco más allá y casualmente he dado algunos besitos. Pero cuando a mí me han metido la lengua completa en el ano, me ruborizo.

—¡Ay!, mi amor, qué pena, pero si ni me conoces.

Me hago la modosita, pero en realidad me en-can-ta. *It's very delicious*. Pero yo no se lo besaba ni a cocolazos. Con mucho asco, les meto la uña, pero ¡uta!, después me la tengo que despegar para quitarle un olorcito muy penetrante. Aunque me ponga alcohol tarda en quitarse un aroma que, curiosamente, no huele a popó. Tampoco sé a qué.

Coca, borracha, pastilla, mariguana, perdida, como esté, jamás me he dejado coger por el ano. Con mi esposo lo deseé porque él era el mero mero:

—A ver, con salivita, con amor tiene que entrar. ¿Por qué les entra a todas y a mí no?

Quería descubrir eso que dicen que es divino. Placer de los dioses. Pero, ni madres, apenas hacía el intento y haz de cuenta que me estaban matando. Es una presión tremenda. Siento que me revientan. Cero placer. He usado todos los lubricantes del mundo. Todo lo habido y por haber me lo he untado, pero nomás no

me entra. Grito tan fuerte que llegan a tocar a la puerta a ver a quién están matando. Para qué voy a sufrir si ya sé por dónde me van a hacer feliz. Lo he intentado varias veces y seguiré intentándolo el resto de mi vida. Por fortuna, nunca me lo han querido meter a la fuerza. Yo, como Dios manda.

Deja darme un pericazo para seguir platicando.

Es una chulada poder estar en paz, en mi casa. Caray. Que tenga hasta teléfono, es para darle gracias al Señor. No cualquiera sale de la cárcel y tiene un departamentito como el mío. A las tres y media le hablo a mi amiga Alondra para ver si nos vamos a loquear. La vida de la calle es preciosa y más de noche, cuando el trabajo es más intenso. Tienes que echar mucha labia y eres tú contra el mundo. Lo primero que tienes que decirle a un hombre es que está muy guapo aunque, en realidad, esté como para mentarle la madre a Dios en tierra de indios. Si son morenos les chuleas su color café con leche. Cualquier piropo para enamorarlos, irlos prendiendo y emborrachando, en buena onda (nada de echarles droga ni nada de eso: soy una señora profesional, no delincuente).

Ahorita no tengo dinero, pero si lo tuviera, tomaría un taxi y me iría a un bar. Entraría sin mirar a nadie para darme a desear. Si ligo, el señor me paga la cuenta. Aunque los muy mañosos se acercan hasta que ya la liquidaste. Si cuando estás con un prospecto de cliente, pides tu consumo y él permite que lo pagues, ese señor no quiere nada, no le vas a sacar lana. Pero tampoco puedes fiarte: a lo mejor nada más trae lo justo para pagarte el acostón. A ver, adivina. Por eso, es indispensable cargar efectivo para mandarles una copa. Si me ven despilfarradora se interesan por mí y de inmediato me devuelven la invitación. En cuanto se sientan a mi lado les digo:

—Con el dinero que traigo nos vamos a Hawai.

Si hay miserias que no se notan. Aunque a veces ando consiguiendo para pagar la cuenta de él y la mía. También hay que tener colmillo para reconocer a los diferentes tipos: Si trae reloj suizo y zapato inglés, tienes que comportarte seria, tranquila: no ser tan piruja. Pero si trae un Rolex, zapato mexicano, bota o botín... ¡Carajo, cógetelo *ipso* rápido: le encantan las putísimas! Ahora que si son gente corriente como los del mercado de enfrente de mi casa tienes que ser vulgarísima, vomitarte encima de ellos. Y los vas a tener felices: les halaga traer a una vieja guapa, con personalidad, perfume y medias. Se crecen, no caben en la puerta. No quiero pecar de clasista, que quede claro: no es el oficio lo que acorrienta; tengo amigos meseros que son más *nice* que la *beautiful people*.

Es difícil mi trabajo pero seguro y, si lo sabes hacer, bonito. Es cansado, de resistencia y de belleza. La que aguante más es la que más gana. Las 24 horas del día se labora en mi México lindo y querido. Desde las seis de la mañana los guías de turistas y los taxistas se encargan de llevar a los borrachos con las viejas. A veces, a las cuatro de la tarde, en los cabarets, todavía hay clientes del día anterior. En este oficio, como en todo negocio, entre más se invierte, mayor es la ganancia. En ocasiones, el asunto se resuelve sin tanta artimaña, como ayer. Gané mil y me quedé

en un hotel de primera, con jacuzzi, 350 cobran. Él se fue y de haber querido hubiera vuelto a salir a conseguir otro cliente, al fin que ya tenía cuarto. Le hablé a mi mamá. Que necesita dinero... Me despedí *very quickly*. Me empecé a arreglar. Me lavé las *désas*. Ay, se rompió el condón, y aunque me lavé y de inmediato me salí, de todos modos, por la mortificación, no podía dormir. Ya no quise salir a talonear. Con esto del sida... En cualquier momento te puede dar, aunque desde los 20 he ejercido. A la fecha son 17 años. A lo largo de la última década, que se ha hablado tanto del sida, ha sido de angustia. Antes no se acostumbraba el condón, a la clientela no le gusta. Hasta la fecha, hay muchos que no quieren. Entonces te abres o te avientas, con tal de no perder la lana. Pero por más perfumado y guapo que lo tenga, se viene y ya se jodió el asunto. Creo que ningún dinero vale esa enfermedad.

Hum. Sigamos hablando de cosas más gratificantes. En un hombre me gusta la caballerosidad, la elegancia, el aplomo: la presencia. Cómo habla, cómo se desenvuelve. Su limpieza corporal. Que tenga don de mando. Que sea blanco, mediano de estatura, de buen cuerpo, pelo negro, bigotón... Inteligente, guapo, velludo, bonitas manos... Y que sepa manejar a una mujer. Lo que me enoja de un hombre es que sea prepotente, frío, calculador, falso: deshonesto. Vulgar. Detesto a los hombres y a las mujeres que con un poco de alcohol enseñan el cobre. En la cárcel me la pasé horrible. No es por dármelas, pero yo era la única que valía la pena de toda esa plasta. Antes, hasta en los puteros me preguntaban:

—¿Qué haces aquí? Tú eres una rosa entre tanta espina.

Qué lindos. Ahora lo único que sigo conservando bonito es el pelo. Y soy tan decente que hasta tres veces tienen que preguntarme si de verdad me dedico a putear. Ay, pero por muy sensuales, elegantes y divinos, a mí no se me da ese lujo de estar con un hombre sin que le pida nada a cambio. Se me hace una deslealtad. Qué cachuchera me vería. ¿Por amor al arte? Para mí es un placer que me den dinero. Nada me satisface más que un hombre me pague y me coja, en ese orden. De hecho, todas las mujeres piensan así. Todas son putas. Hasta las casadas; algo reciben o recibirán a cambio: saben visualizar, aunque no sea ése su propósito. Además, los maridos acostumbran entregarles las cosas así: «Mira, te traje esto...»

Y a las profesionales nos dicen:

—Toma, a ver qué te compras. ¿Qué te gusta? ¿Qué quieres hacer? ¿A dónde vamos?

¿Me entiendes? Las decentes se quedan con lo que les dieron, les guste o no. Y les cuesta más ganarlo porque una esposa tiene que ser novia, amante, criada, amiga, compañera, costurera, hermana, profesora, madre, enfermera... Y, además, putas. O prostitutas, asegún. Ninguna mujer se salva de caer en estas categorías. Y si no se prostituyen con las nalgas, se hacen sus cachuchas mentales. Muy degeneradas; solitas construyen castillos en el aire. Esta idea, a su manera, también la comparten los homosexuales: todos los hombres son putos. Nada más hay que trabajarlos.

En síntesis: las decentes, las que se van gratis, desprestigian el oficio.

¡Cachucheras, méndigas, desperdiciadas...!

Ayer me sucedió un milagro. Había terminado de talonear y estaba borracha. Eran las cinco de la mañana. Vestía una minifalda y no traía calzones. Tomé un taxi y le pedí que me llevara a mi casa. El chofer estaba guapísimo. No sé qué cara me habrá visto que me preguntó:

—¿Por qué tan triste, señora?

—Todos los hombres son unos ojetes. Sólo buscan su provecho.

Ya entrados en la plática supe que era estudiante de arquitectura; achispada, lo invité a darse un churro. Él me dijo que no le hacía, pero que me acompañaba. Llegamos a la casa y le dije que me esperara, que iba por dinero. Mentira: subí a dejar la lana y mis alhajas. Saqué la cois y la mota y todo lo necesario para arreglarme al otro día. Ya pensaba todo con este chavo. Regresé, seguimos platicando y en eso nos llegó una patrulla. Los policías nos pidieron que nos bajáramos.

—Qué sucede, estoy en mi casa. Vino a dejarme, qué les pasa.

—Los vidrios estaban empañados... Y con esas fachas.

Sin entender razones, un azul nos subió a la patrulla para llevarnos a la delegación. El otro poli condujo el taxi. Mi bolsa con la mota y la coca se quedó en el asiento. Frente a la comandancia, dentro de la patrulla, nos pidieron 200 pesos. Después nos dejaron a solas. El taxista me comentó:

—Nada más traigo 100, es de la cuenta; se los voy a dar, pero ahorita me los repones.

—No, nada más tengo 60 pesos.

Segunda mentira: tenía dinero en la casa. ¡Fíjate, en la bronca que estaba y no quería soltar la lana! Ahorita estaría otra vez en la cárcel.

—Tú ni te preocupes —le dije—. Desafánate. No te lo quería decir para no ponerte nervioso, pero te la voy a soltar: en mi bolsa traigo coca y mota.

—Ahora sí la chingamos. Pero me gustas y estos desgraciados se van a manchar contigo.

—Desafana, mañana nos vemos. No sabes en la que te estás metiendo.

En eso llegaron los policías y nos hablaron. Un poli agarró mi bolsa y la pasó al asiento delantero.

—Capi, ¿me pasa mi bolsa para prender un cigarro?

—Aquí no se puede fumar.

Y veo que empieza a sacar la bolsita llena de mariguana, el monedero con la coca y las sábanas... «¡Ay, Dios mío de mi corazón!» En eso se le prendió el foco al chamaco:

—Acomplétame, traigo ciento y tantos.

Le pedí al poli que me pasara mi bolsa. De inmediato me la dio. Saqué el dinero y oculté el sobre de la coca entre los dedos. Los policías nos ordenaron:

—Bájense, a ver cuánto juntan entre los dos.

Obedecemos, pero antes tiré la coca dentro del taxi, sin que nadie se diera cuenta. Acompletamos los 200, les di la plata y le pidieron al taxista que se fuera. Él les respondió que me quería dejar en mi casa. No lo dejaron. El taxista arrancó y les mentó su madre. Los patrulleros se subieron, prendieron la sirena y se fueron tras él. Lo correataron por todo Santo Domingo, una colonia peligrosísima. Y yo, en la patrulla, tratando de distraerlos hasta que me callaron. Ya había escondido debajo del asiento a la mariguana. Alcanzaron al muchacho y lo bajaron a putazos y lo subieron a la patrulla. Nos llevaron a la delegación y el MP me preguntó qué había pasado:

—No sé, iba llegando a mi casa, le estaba explicando al taxista cómo regresarse cuando llegaron estos oficiales y empezaron a criticar mi derecho de vestirme sin ropa interior. Soy sexy, ¿qué quieren que haga?

—Son faltas a la moral —alegó un patrullero.

—Si usted lo dice... Bien, prometo no volver a salir a la calle sin calzones.

Entonces el patrullero me acusó de ejercer la prostitución.

—Oficial, retire su acusación. No le admito que difame mi persona. Soy un civil y puedo estar platicando donde sea y con quien se me pegue la gana.

Y saqué mi identificación de la ANDA y la del Deportivo Israelita. El MP las revisó y resolvió:

—No hay problema, güerita. Los sábados nos toca guardia, la esperamos a tomar café.

—¿Ya me puedo ir?

—Claro. Ya se fue el taxista, su amigo.

—¿De veras?

—Un momento, güerita, la misma patrulla que la trajo, la va a llevar a su casa.

Ya afuera, les pregunté a los patrulleros:

—¿Me puedo ir adelante, como gente normal, o atrás como detenida?

—Mire, no puede viajar adelante porque, como usted dice, es gente civil, pero con toda confianza la llevamos a su casa.

«Qué a toda madre, ya fregué.» En cuanto me subí les comenté:

—Ya me cansaron los zapatos.

Y ¡chin!, rescaté mi mota. Me dejaron en la puerta del edificio. Todos los vecinos se quedaron de a seis porque me vieron llegar con el cuico que me había jaloneado, el mismo que antes de llegar me propuso:

—¿Por qué no te vas conmigo, eh? Mira yo también estoy joven y guapo. Te traigo al rato en coche particular.

«No, ya estuvo bueno de películas de terror. Traigo la mota y todo, no, ya no.» No me fijé si realmente estaba galán o no. Entré a la casa y me hiqué y empecé a rezar. Recé y recé. De milagro estoy libre. Debería irle a colgar un milagrito a San Judas Tadeo.

Estuve en la delegación como una hora y media. Lucí muy tranquila. Como si nunca antes la hubiera pisado. La credencial de la ANDA la obtuve cuando hacía doblajes en cine, radio y televisión. Mi voz es fuerte, ronca; lo único que puedo hacer son sonidos. Hacía la voz del Pato Donald. Has de recordar que por una temporada, cuando el Pato hablaba no se le entendía nada. Y ahora sí se le entiende: ésa no soy. Yo era el que no se le entendía: ése es el verdadero Pato Donald.

No sé qué voy hacer el día que encuentre a mi marido. Me destrozó. Por él he hecho tanta tarugada. Él me hizo adicta a la coca. Al principio la inhalaba con miedo; ahorita, con cuidado: no la vaya a desperdiciar. Si me lo llego a encontrar me zurro o lo mato o las dos cosas. Rara vez me acuerdo de él. He sentido la necesidad de divorciarme, pero al hacer los trámites por fuerza nos tendríamos que ver y no quiero. Duramos ocho meses de casados. Cuando me separé me quería morir.

Era muy celoso, me golpeaba. Como buena judía que soy mi casa está limpia y ordenada. Tenía sus calcetines doblados perfectamente. Aunque él era un hombre fachoso y cochino: nunca pude dormir con él sin calcetas, por temor a que se me pegaran los hongos de sus pies. Lo curaba. No sé por qué me enamoré de él. Y roncaba. No soporto a un hombre que ronque. Él no tomaba un vaso de agua de nadie, sólo de mi mano. Cuando no había muchacha, le tenía que lavar, planchar y cocinar. Hasta el pan se lo horneaba. Era muy mujer. Me acabé el lomo en esa casa porque era enorme y antigua. Mis amigas no lo podían creer. Con frecuencia, él llevaba a su runfla de amigos, de 15 a 20, y tenía que hacer comida para todos. «Estás casada. Edúcate.» A cada rato le hablaba a Chonita, la sirvienta de mi mamá, para preguntarle cómo se hacían las cosas en el horno, cómo funcionaba la lavadora... Mi marido me decía:

—Si te da flojera, déjalo. Me tiene sin cuidado ponerme la ropa arrugada.

Cómo le iba a importar si a veces ni se bañaba. Nada más metía la cabeza al lavabo, se limpiaba y se echaba loción. No le gustaba que fuera tan organizada y escrupulosa. Cuando nos drogábamos, nos daba por alegar y terminaba cacheteándome. Yo también me le aventaba. Nunca lo caché con viejas, aunque su ex mujer lo buscaba muy seguido. Era una india tarahumara, infeliz, descarada. Una bruja morena, méndiga y fea, con un vocabulario de peste. A pesar de eso, en buen plan le dije a la ex:

—Okey, es el padre de tus hijas, pueden venir a visitarlo cuantas veces quieran, pero ya no es tu casa. Son mis invitadas.

Pero la india se empezó a pasar de lista y ya no pude controlar la situación. Iba por mi esposo y hacían el amor casi casi en mis narices. Y por si fuera poco, cuando

mi marido se hartaba del matrimonio se iba al hotel Oslo, según él, para estar a solas. Un día que estábamos enojados, llegué preguntando por él y me dieron el número de su habitación. Subí y me abrió la puerta un remedo de hombre, en cueros. El tipo me reconoció y dijo con voz amariconada:

—To-ño, te habla For-tu.

Entré y le armé un desmadre. Sin alterarse, mi marido me contestó:

—Qué quieres. Probé el camote y me gustó. Me llenó.

En lugar de mandarlo al diablo me dije: «Ahora, más que nunca, me necesita. La droga lo hace actuar así.» Ya habíamos prometido dejar poco a poco las drogas, pero en cuanto él se alejaba de mí, se metía el doble. Lo justifiqué pero le empecé a perder la confianza. Y seré todo lo pública que tú quieras, pero todavía no le perdono que se haya metido con un marica. Todavía lo hubiera hecho con un señor homosexual, voy de acuerdo, hasta yo le entro.

Le aguanté mucho. A la hora que él se acostaba, yo también, a la hora que él... Su voluntad era la mía. A las seis de la mañana, él empezaba a fumar mota y yo no podía seguir durmiendo por la pestilencia. «Fortuna, responsabilízate, levántate a poner agua caliente, haz el desayuno, atiende a tu esposo para que se vaya a trabajar.» Sólo cuando estaba briaga no me levantaba a atenderlo.

Una de las vergüenzas más grandes que me hizo pasar fue en la boda de un pariente suyo, en el Lienzo Charro de Cuautla. Todo empezó porque le dije:

—Oye, mi amor, invítame un toque; ahí me alcanzas.

Me estaba poniendo de pie, cuando me agarró del brazo y me obligó a sentarme:

—Si te levantas te agarro a cachetadas.

Le obedecí y empecé a sentir que sudaba. Me limpié el brazo y vi que era sangre. «Ay, desgraciado, si me enterraste todas las uñas.» Me paré hecha una furia y me dirigí al estacionamiento. Me encerré en el coche y empecé a darme un toque. Él me alcanzó y nos lo fumamos entre los dos. Le pedí que me invitara un pericazo; me lo negó, me bajó del coche y arrancó. Agarré una piedra y se la aventé a su nave último modelo, un pinche Nissan. Y mocos: al parabrisas. No se rompió, pero él se encabronó. Se paró en seco, se bajó y me dio tremenda golpiza. Yo traía tacones, llena de alhajas, peinado y vestido a la rococó. Los aretes tenían forma de un rayo, con un brillante en la punta. Todo valió madres: mocos, mocos, mocos, arena, sangre y tacones. ¡Uta, madre! Me arrancó todas mis cadenas de oro y las aventó a la arena del Lienzo Charro. Un señor me defendió:

—Ya déjela, a las mujeres no se les pega.

—Qué, ¿se la quiere llevar? Llévesela. Coge bien.

Y me agarró y me subió al coche del señor. Mi defensor se enojó y lo retó. El puto de mi marido se echó para atrás. Histérica, le gritaba:

—Con un hombre te rajás. Marica, desgraciado.

Eso le grité y el tiempo me dio la razón. Se subió a su Nissan y se regresó a la capital. El señor me empezó a limpiar. Los sobrinos de Toño también llegaron a

sacudirme la tierra:

—¡Ay!, mis cadenas, mis alhajas. Mis amores, les doy lo que quieran si me las encuentran.

Hasta lo que no era mío me hallaron. Le hablé a mi mamá para que mandara a alguien por mí, pero ella no tenía dinero para hacerse obedecer ni yo tampoco. Así que empaqué y salí a una zona residencial muy oscura. Pasó una camioneta y le hice señas. Una pareja se paró y les conté que un mariguano desgraciado me acababa de asaltar y que deseaba regresarme a México.

—Súbase. No hay necesidad de explicarnos nada. También estábamos en la boda.

Me llevaron a su casa, cenamos y después me dejaron en la terminal de camiones. Cuando llegué a la casa de mi mamá le pregunté:

—¿Ahora sí me crees?

No me creía cuando le contaba mis desdichas; aseguraba que la perra era yo. Me propuso que fuéramos a demandarlo. Pero ya en la delegación:

—¡Ay!, hija, pero le van a quitar su licencia de locutor, va a perder su trabajo.

—No, mamá, si no le ponemos un alto, a cualquier mujer le va a hacer lo mismo.

Total, no hicimos nada y nos fuimos a mi casa; estaba cerrada. Me extrañó tanto silencio porque mi perro apenas me veía y se volvía loco. Lo llamé:

—*King, King*. Dónde estás. ¡Mamá, mi perro! Ya le hizo algo, ¿por qué no sale?

Escalé la barda. Dejaron de importarme las alhajas, el dinero, la droga... Buscaba como loca a mi perro. La puerta estaba cerrada. Por la ventana de la azotea me salté. No podía verlo porque estaba echadito en un rincón, en la parte más húmeda y oscura de la casa. Lo encontré, lo llamé:

—Ven, chiquito, qué tienes. *Kingcito*, estás en peligro, te voy a bajar en una sábana.

El perro pareció entender. Se quedó quietecito. Para que no se me zafara, me arranqué las uñas postizas.

—Mamá, cáchalo.

Lo rescaté como en las películas. Lo llevé al veterinario: dos costillas rotas. El infeliz de mi marido ha de haber llegado encabronado, y mi *King* que era un amor, le ha de haber querido hacer un cariño, y aquél lo pateó. Pobre animal, sufrió mucho. Hacía sus necesidades en el mismo lugar; no se levantaba, no comía nada; mi mamá le daba en la boquita. Se repuso porque lo cuidé con esmero.

A los dos días de haber rescatado al perro, regresé a sacar mi ropa y la tarahumara ya era otra vez la dueña y señora de la casa. Mi querido marido tan sólo me dijo:

—Aquí se coge diario: tú sales y entra otra vieja. Yo no me voy a quedar solo.

Días después la ex llegó con judiciales a sacarme de mi propia casa, en la Del Valle, alegando que me había metido a la fuerza a la *suya* a robar *sus* pertenencias. Llegó una tía de Toño y se arregló todo. Me fui a Miami, regresé, y a las pocas semanas me apresaron. A lo mejor la india me puso el dedo, me delató, y por eso caí en Tepepan. Después supe que mi marido la había corrido y entró otra.

Cuando ingresé a Tepepan, mi perro se quedó enfermo y triste; echadito, debajo del bóiler. Desde la cárcel le hablaba a mi mamá y le pedía que pusiera la bocina en el oído del *King*, que nada más gemía. Se murió y mi mamá me lo ocultó durante nueve meses. Supe de su muerte el día que obtuve el permiso para que se quedara conmigo, en la cárcel. Si a todas las reclusas les llevaban a sus niños o los dejaban vivir con ellas, por qué no iba a llevar a mi *niño* que estaba más bonito, limpio y educado que todos los escuincles que iban. A mi perro nunca se le vio una lagaña o un pelo fuera de su lugar. Bien contenta le hablé a mi mamá:

—Tráemelo. Ya me dejaron tenerlo una semana.

—Mira, Fortuna, no te lo quería decir...

Me volví loca, ahí se acabó todo. Ya no quise comer ni bañarme. Cada que podía, me metía a la farmacia, y como me llevaba bien con el doctor, me pasaba pastillas: quería envenenarme, pero los chochos nada más me atarugaban uno, dos días. Mentira que alguien se muera de no comer. Quizá te mueras aquí afuera, pero en cautiverio aguantas más. Eso sí, cada ratito me desmayaba; tanto estrés, tanta tensión. Ya, después, me desvanecía por payasa; me subían con los doctores y éstos me mandaban a reposo. Hacía tan bien mi faramalla que los engañaba. Me revisaban los reflejos, no sabían qué hacer, si todo estaba bien, pero no volvía en mí. Los ponía locos:

—Llévenla al Xoco.

Algo tenían que hacer, aunque fuera sacarme a dar una vueltecita en la camioneta cerrada. Ya en el camino me aliviaba:

—El aire, el aire...

—Sí, eso era. Te hacía falta.

Así me decían las custodias, felices, porque cada que salíamos eran unos reventones. Muchas veces salí de Tepepan. Dos veces fuimos a mi casa, estuvimos menos de una hora. Mi mamá casi se desmayó la primera vez que me vio:

—Te escapaste, ¡Dios mío! Regresa.

Los jefes, con sus metralletas y chalecos antibalas, pasaban a su recámara a darle los buenos días, y yo me sentaba en su cama *king size*, a mis anchas; Chonita también se ponía feliz. No quise asistir a la boda de mi sobrino porque me dio pena ir custodiada, con esposas. Además, no tenía ropa para una boda, para estrenar un vestido que no fuera ni beige, azul o blanco, que son los colores reglamentarios del penal. El blanco estaba descartado porque a una boda no se puede ir de blanco.

Después, cuando los doctores me tomaron la medida, para revivirme me apretaban el esternón y tres días andaba adolorida.

—No me hagan eso, docs, si saben que estoy falseando.

Hum. Sigamos hablando del mariquita de mi marido. Cuando lo conocí ya había quitado la casa de Madam Fo y había regresado a vender artesanía a la Zona Rosa, y con lo que ganaba haciendo doblaje, tenía lo suficiente para dejar el talón. La primera vez que vi a Toño fue en la acera del María Isabel Sheraton; había ido al salón de

belleza del hotel porque ahí trabajaba una señora que me ponía las uñas como nadie y me quedaban las manos maravillosas. Es una mujer que ha tenido muchas atenciones conmigo. Cuando caí en la cárcel les pidió a las paisanas ropa para mí. Les dijo que una clienta judía andaba muy jodida. Le dieron ropa francesa, italiana, de seda divina.

Aquella mañana íbamos saliendo del hotel cuando un par de tipos se acercaron a chulearnos:

—Qué mujeres más bellas, ¿les damos un aventón?

Era Gilberto el que nos hablaba:

—Nosotros vamos aquí enfrente a recoger una guitarra. Luego vamos a una reunión. Las invitamos.

Aceptamos. A manera de presentación, Gilberto señaló a Toño.

—Él es locutor, yo también.

Y como yo también andaba en eso de la artisteada, empezamos a llamarnos colegas. Llegamos a la reunión y Toño tocó la guitarra y cantó. Lo fasciné. Yo también me enamoré de él. Qué voz. Qué cuerpo. Vi que todo el mundo lo quería. Era el líder. Para no perderle la pista, días después acepté ser la novia de Gilberto, que me adoraba, pero a mí sólo me gustaba su manera de hacer el amor. Muy pronto supe que Toño estaba casado. Él me buscaba y yo no quería ni saludarlo. Le dije que cuando se descasara, hablábamos. Y me daba la media vuelta, aunque por dentro le pedía a gritos que me cogiera. Me quedaba caliente y me desquitaba con Gilberto. Si hay química me prendo; ni necesito que me toquen. Así, de sólo ver a Toño me encendía de pasión; sin embargo, le salía con la cantaleta: «Yo tengo novio, tú tienes esposa. Cuando te divorcies...» Pasé un año reprimiéndome y un día me anunció:

—Fortuna, ya me divorcié. Quiero casarme contigo para toda la vida.

Nos casamos y fui la mujer más infeliz en mi noche de bodas. La cama matrimonial de su casa estaba preparada, pero llegaron visitas y se durmieron en el lecho nupcial, y nosotros en un edredón nuevo de plumas de ganso sobre un suelo asquerosamente sucio. No quise hacer el amor. Y luego, en nuestro viaje de luna de miel, pateó a mi perro. ¡Ut!, salté de la cama —como sé saltar—, y me salí furiosa al jardín del hotel, con mi pateado perro. «Ahora te aguantas. Es tu esposo. No puedes hacer nada. E-dú-ca-te.» Muy linda regresé y nos encontentamos.

A su manera, él me quería y me lo demostraba comprándome todo lo que se me antojara. Eso sí, me obligaba a caminar derecho, como caballo, sin voltear a ningún lado y rogándole a Dios que nadie fuera a mirarme porque él, de inmediato, les aventaba la bronca. Él sabía que yo había sido mujer de la vida galante, pero jamás le fui infiel en el tiempo que vivimos juntos. Jamás lo engañé.

Ya no puedo ir a trabajar al hotel Sevilla Palace. Los clientes se empezaron a quejar de que hay muchas damiselas. O no sé si mi amiga Alondra se está abriendo. Se ve que me estima, pero desde la primera vez que nos volvimos a ver me dijo:

—Tú no me vas a orillar a salir todos los días hasta la madre. Cuando voy a trabajar, para nada fumo mota. Si fumamos, ya no taloneamos, ya es puro desmadre. Y esto es trabajo.

Y yo siempre que salgo a talonear lo primero que hago es darme mi toque, aunque ya no me haga falta: ya me he fumado toda la del mundo. Ya ando mota en mis cinco sentidos. No debo salir así porque el hombre quiere una sonrisa bonita. Entre más te arregles, más ganas y menos te deterioras, porque dices: «Cómo me voy acostar con este tipejo por 200 pesos si el perfume que traigo vale 500». Aunque a veces tengo mejor suerte cuando visto *pants* porque cualquiera se anima a acercarse. Si voy elegante, ni se imaginan que estoy puteando, aunque el resplandor de la *p* me ilumine de pies a cabeza.

En el Sevilla Palace los clientes se acercan a pedirme que les mande a mis amigas.

—A mí qué me dicen, la jefa es Alondra. Gracias a Dios, nací en sábanas de seda, pero no soy jefa ni en mi casa.

—Sí, tú eres la jefa.

Me insistía un brasileño muy guapo, que a fuerza quería con Alondra. Al tipo se le transparentaba un pitote hermoso, pero quería pagarle 50 dólares. Mi amiga lo mandó al diablo. Lo despreció y ya que una pérdida te humille, está cabrón. Alondra puede transformarse en una mujer de la mejor sociedad. Quién sabe qué tenga adentro, que habla tan fuerte y no se cansa de decirme:

—Eres una golfa. Una putita barata. No te sabes comportar, platicas puras tonterías. No cobras. ¿Quién te va a mantener?

Y tiene razón. Me quedé en mi época de niña bien. La cárcel apendeja, y la droga, más. Sólo quiero estar en mi casa sin hacer nada. Si quiero un toque, me lo fumo; en una oficina no podría. Y no hay cosa más espantosa que volver al bote. Aunque ya estando ahí, te acostumbras. Enjaulada me sentía mejor, más segura. Afuera me dan

miedo muchas cosas. Increíble, ahora que estoy vieja. No tengo un quinto en la bolsa y debería estar más preocupada. Alondra no tiene hijos y yo sí. Ella me sugirió que fuera a empeñar mis alhajas, que no anduviera pidiendo prestado.

—Nunca he empeñado nada; me da temor perderlas —le contesté.

—Si vas con esa idea ya perdiste. Despierta. Ya no tenemos mucho tiempo. De ramera no te vas a hacer millonaria, tienes que buscar otra forma. Está muy dura la situación.

Y todavía se da el lujo de romperme la madre al decirme:

—Y eso que no soy tan bonita como tú; ni siquiera la mitad de esta uña.

Ella no se preocupa porque tiene una cuenta en el banco. Es súper inteligente para sacar dinero. No es que me menosprecie, pero no soy tan buena como ella. Hay noches en que sólo puedo trabajar en la calle porque si voy a un bar gano menos y debo entablar, a fuerzas, una conversación, pero no me gusta porque no creo que mi plática sea fluida. En cambio, Alondra, qué bárbara, ella puede conversar con pintores, con señorones de Italia, de Francia, de allá, de acá. Cuando les pide el teléfono a los clientes, saca su Mont Blanc. Conoce lo fino, le interesa lo material. Para ella si no traes cosas finas, no sirves. Para mí vale igual el que tiene un lápiz Mirado que el que trae una Mont Blanc de colección. No soy tan payasa. Me falta ser déspota. En la putería, ése es el triunfo.

A los hombres les gustan las mujeres finas. Y yo conozco la elegancia. Tenía vajillas de plata, antiguas, y cubiertos de oro para 24 personas. 16 plumas fuente turcas, en oro e incrustaciones de turquesas. Eran herencia de mi abuelo, el papá de mi papá, que fue ministro de no sé qué. Tengo una foto suya en donde tiene una banda atravesada en el pecho, haz de cuenta la banda presidencial, con letras en turco que decía... ¿Qué decía?... ¡Caca grande! Eso era él. Tenía un aire militar. Usaba un bigote a la Hitler, pero se veía más imponente que aquél. Del caca grande de mi abuelo también eran los juegos de té, floreros con piedras preciosas y filo de oro, de vidrio azul. Ignoro dónde quedó todo eso, pero todavía conservo algunas alhajas.

También disfruté el lujo esplendoroso del *jet set*, como cuando me invitaron al cumpleaños del Sha de Irán. Tenía 23 años y ya era madame. Todo empezó cuando el matrimonio Costner contrató mis servicios. De niña, la señora Costner me daba de comer y me festejaba en mi cumpleaños. Yo era la mejor amiga de su hija; me quedaba a dormir en su casa y mi compañerita en la mía. Por eso cuando me dijeron que querían acostarse conmigo, de inmediato le dije a la señora:

—Ay, me da pena, si usted es la mamá de...

A ella no le importó haberme conocido desde niña y los dos me cogieron. A cierta gente le cuesta trabajo imaginar a dos mujeres cogiendo; pero nada es tan simple. Cuando una mujer te mama las tetas, el culo, las nalgas; te agarra y te besa el cuerpo entero, te está cogiendo. ¿O no? Los Costner quedaron encantados del *menach a trua*. Casualmente salió a la plática que durante una semana se iban a desaparecer del país para irse a la fiesta del Sha. De inmediato les supliqué que me invitaran:

—Si me llevan les regreso el dinero que me acaban de dar.

—Eso y más te voy a dar por hacer feliz a mi mujer.

Ese mismo día me compraron mi boleto y amanecimos en San Diego. En el aeropuerto vi a una hermosura de varón rubio, con frac blanco, portando un letrero en el aeropuerto que decía: *Faik*. Y pensé: «Es mi paisano.» Me acerqué y le pregunté en inglés:

—¿Usted es algo de la familia Faik?

—No. Estoy esperando a la señorita Fortuna Faik.

Me identifiqué. Era el chofer de una limusina blanca de veinte metros. Abrí la puerta y me senté en el asiento delantero. Qué tonta, qué naca me debe de haber creído. Él se quedó de pie, abriéndome la puerta trasera. Me bajé y antes de cerrar la portezuela, el monumento de hombre me dijo:

—Espero que su viaje sea placentero.

Yo estaba de una pieza, sin saber qué hacer. Un vidrio me separaba del conductor. «Ay, si éste es el chofer, ¿cómo será el dueño?» Ignoraba a dónde iba. Los señores Costner, aunque tomamos el mismo vuelo, no me dijeron nada: era su cortesana, no su amistad. Trabajo y placer no se llevan, nunca se han llevado. El viaje del aeropuerto a la mansión duró dos horas. Con razón me había dicho que disfrutara el viaje. Tenía a mi alcance la televisión y el bar, pero no supe prender ni abrir nada. Estaba tan asombrada que ni fumé. Cuando me llevaron a mis habitaciones, creí que éstas formaban parte de la casa principal, pero era la villa de las sirvientas. Qué caserón. Te lo juro que con todo lo fina que soy, me daba pena sentarme, no fuera a ensuciar algo. No tenía nada que hacer: en las mañanas, apenas abría los ojos, alguien entraba a correr las cortinas. En mi clóset había trajes de seda, de mi talla. Me sentía en el país de las maravillas, Alicia se quedó corta: ella sólo encontró conejos y gusanos, mientras que yo estaba rodeada de gente que sólo la había visto en las noticias, hombres de la alta política que actuaban con la misma galanura que en la televisión. Julio Iglesias estaba ahí. Artistas europeos, de los que no vienen aquí, a este país de segunda. Gente uf. Los Costner me han de haber contratado por fresca. Los anfitriones me obsequiaron sedas, 5,000 dólares y un baúl lleno de gemas amarillas y rojas. Las he ido regalando, pero todavía me quedan algunas. En esa fiesta se organizaron orgías. Corría la coca, el opio, el hashis y otras drogas exóticas. Yo sólo me he metido coca y mota. Para ir a la casa grande teníamos que tomar el coche. La limusina pasaba por nosotras, las damas de compañía. Era un conjunto residencial que no ves ni en las películas porque les falta el lujo, la belleza, la sencilla elegancia de ese lugar. Había alfombras de pelo de camello. Los pisos de mármol parecían espejos. Yo me sentía la más fea, la más humilde de todas las mujeres que habían traído del mundo entero. No todas eran señoras de la vida airada. Conocí a mucha gente, pero me apenaba pedirles su tarjeta. Bueno, hasta comer me resultaba muy complicado. ¿Cómo decirles a esas personalidades, «pásame el pan»? Al Sha lo vi sentado, rodeado de sus 50 mujeres. Y a todas les cumple de todo a todo. Y todas se

expresan divinamente de él. ¡Ya parece que delante de mí iban a estar agarrando a mi viejo! Pues ellas no, amiguísimas todas. Aunque hay una que es la principal.

Fueron mis días de gloria. Ay, ahora ni siquiera tengo suficiente materia gris en el cerebro, ¿por qué? Pues porque no estudio, no leo, no me alimento... Pero, ¿cómo diablos quiero estar enterada, tener bonita letra, si desde que salí de la cárcel no escribo? Desde que salí no leo; de por sí, nunca en mi vida he leído mucho. Si la televisión está prendida, no la veo. Estoy aquí, encerrada, como araña pensando: «¿Saldré o no saldré?» Pudiendo trabajar las 24 horas. Pero no tengo ánimos. Si fuera un poquito más viva, me compraría el periódico para estar al tanto de las noticias. Así, cuando estuviera en un bar o un restaurante, podría hablar del PAN o el PRI para interesar al cliente. En cambio, ignorante, no paso de chulear pinchurrientas camisas y corbatas. El otro día le dije a un tipo: «Qué bonita corbata.» ¿Pues no me la regaló? «No jodas, a mí regálame dinero, para qué quiero esta mugre.» Debe valer unos 200 pesos. Se la voy a dar al de la farmacia, para que me siga fiando. El señor que me la obsequió tiene un buen empleo y es muy inteligente. Gente como él quisiera agarrármelos más seguido, pero ya no es lo mismo que cuando tenía 20 años, cuando creía que era posible conocer el amor. Ahora sólo sé hablar de sexo. Lo mismo me da coger con uno que con otro. Siento lo mismo con todos, aun estando enamorada. Lo que cambia es lo visual, el panorama. Quizá porque estoy acostumbrada a involucrarme con cada cliente, a entregarme. Desgraciadamente, me hace daño. Al otro día siento feo que se me haya ido la ilusión. No debe importarme el fulano. Si fuera frívola, tendría más dinero, pero menos alma. El dinero no lo es todo: sólo es el 99.99 por ciento. Me entrego en cuerpo y alma, y luego se van, dejándome vacía. ¿Cuál ilusión al amanecer? Ah, pero si miro que el fulano me ha dejado 1,500 pesos, me levanto feliz, me baño y me voy al salón de belleza. «Qué padre noche. Hoy es mi día.» En cambio, cuando no veo al galán ni al dinero y aparte me cogieron, siento que entra a mi casa la desgracia, la desolación, todo el mal humor y toda la maledicencia. Empiezo a regañarme y a ajustar cuentas conmigo misma. Me arreglo y me voy a trabajar doble por idiota.

Cuando hago el amor por amor... ¿hacer el amor? Hum, qué difícil resulta sacudirse de las frases hechas. Si el amor ya está hecho. Quiero decir: cuando hago el acto gratis, no los vuelvo a ver. Ésa es otra cruz: los hombres se me van. Les doy tanto que los harto. Al tipo que le ruego que se quede a dormir, que le hago de desayunar —yo que no limpio ni un cenicero y no como por no lavar los platos—, que les regalo coca y mota y lo que quieran, con tal de que no se me vayan, jamás regresan. «Antes de que te harte, págame», dicho sea con respeto y picardía. Se me olvida que los hombres gustan de la compañía de prostitutas porque en sus casas no los van a coger como una buscona lo haría. O simplemente, como ya lo dije, andan detrás de una mamadita.

No faltará quien diga que para qué me doy tanto taco, si al final termino cobrando igual que todas. Perdónenme, pero atrás de la raya que estoy trabajando. Si no

compran, no impidan que otros descubran lo tierna, delicada y educada que soy. A los que me han preguntado que por qué cobro, les contesto:

—A ti no te da pena pedirme las nalgas. ¿Acaso te crees muy galán, muy jovencito, que me traes muerta? Galán, cuando tenías 20 años. Para babas de perico, mejor ya volteas para otro lado, que al fin hay muchas.

Debo cobrar antes de accionar porque si no ya es cotorreo mío. Si me sale lo bohemia se acabó el negocio:

—De lo que me vas a pagar me descuentas la siguiente ronda —propongo.

Ésa es mi perdición... Ser bohemia no es sencillo. Lo único que le pido a Dios es que mi casita no se vea triste y fea. Es humilde pero está limpia. Me pagan por adelantado porque los caballeros ven mi fina estampa. Todo el tiempo, si te fijas, estoy hablando en primera persona porque por las otras no respondo; muchas son alevosas, ventajosas. A las encajosas, las aborrezco. He estado en centros nocturnos donde me deprimó de ver a las chavas tan muertas de hambre, tan mendigas. Pasándose de lanza. Es que la competencia es cabrona, dan ganas de retirarse y buscar otro trabajo.

Aunque a veces te va de perlas. La semana pasada me gané 3,000 pesos en una noche. Le di 1,000 a mi mamá y me guardé otro tanto para mi seguro de gastos médicos, que me va a sacar mi madre. Y el tercero me sirve para cubrir mis gastos. Cada noche me gasto 200 pesos en taxi, propina y copas. Si tuviera auto ganaría mejor. Me iría con las chicas que se estacionan en la esquina de Liverpool Insurgentes, con las direccionales prendidas, piden 500, 1,000. «Vamos, sígueme, entrando al hotel me los das.» Los clientes ven el coche y a la mercancía y ya saben que la tarifa no baja de 500. La vez que mi mamá me prestó su coche me fue bien. En cambio, a pata hasta 200 pesos te dan. Hay quien cobra 50; los travestis eso cobran por una felación. Me encanta la palabrita; aunque me sigue sonando mejor *mamada*, ¿o no? Te imaginas que dijera: «Te cobro a tantos la felación.» Quiúbole, ni quién entienda tanta elegancia. Sigamos... Mi mamá me ha sugerido que aproveche mis relaciones en los bares y que solicite empleo de mesera, le contesto:

—No, jefa, imposible. Tengo demasiada personalidad, tanta que parezco la dueña. No puedo llegar pidiéndole al dueño que me la dé de dueña; me va a mandar a la fregada. Además, apenas sé cargar una charola vacía, ahora, imagínate, con copas.

Mi mami sufre pensando que ni de eso me puedo ganar la vida, pero olvida que mis habilidades de maga y malabarista las empleo horizontalmente.

A los 17 años me escapé de mi casa y me fui a Estados Unidos con un matrimonio tejano que conocí en la Zona Rosa. Se llamaban Dob y Nancy. Los vi bajar de un taxi y se acercaron a preguntarme por una dirección; por mera curiosidad les pregunté en inglés que cuánto les había costado la dejada. Que 10 dólares por tres cuabras.

—Les vieron la cara. Para la próxima, yo los acompaño; puedo ser su guía. Los llevo a los mercados de artesanías, a los museos... Sirve que yo también me doy mi *tour*.

Él estaba guapísimo y su esposa, divina. Yo vivía en Satélite y ellos estaban en el Aristos. Llegué a mi casa y le pedí a un amigo que tuviera listo su coche porque al día siguiente nos íbamos a ir a las pirámides. Era un chavo que se derrapaba por mí. No quiso aceptar dinero porque creyó que los tejanos eran mis amigos. Durante 15 días los paseamos. Una vez se me ocurrió invitarlos a comer a mi casa. Mi mamá les puso jeta y enfrente de ellos me regañó:

—A mí no me traigas gente a comer y menos si no hablan bien.

Me dio muchísima pena. Nos salimos. Aunque no hablaban español, entendieron. Me quedé muy triste cuando se regresaron a Tejas; me había encariñado con los dos. Mi mamá me pegaba mucho, y si andaba de aquí para allá, ¿por qué no me iba a ir del país? Me golpeaba tan feo que en varias ocasiones los vecinos llamaron a la policía, pero mi mamá salía a decirles:

—Es mi hija y le estoy pegando para que se corrija. Qué, ¿no puedo?

Junté unos centavitos y me fui en tren a Juárez. A todo el que me escuchara le decía en inglés que vivía en Israel y que no hablaba español; para confirmar mi supuesta nacionalidad decía fragmentos de rezos en hebreo, como si estuviera platicando: *Hashkiveinu Adonái Eloheinu l'shalom, v'haamideinu l'jáim. Ufrós aleinu sucat shlomeja v'takneinu b'eizá tová milfaneja, v'hoshiyeinu l'maan sh'meja.*

Nadie dudó de mi identidad israelí. La poca ropa que llevaba era cara y gracias a mi rubia presencia pasé la frontera nada más diciendo:

—*American Citizen.*

Desde un restaurante le hablé a Dob y a Nancy para que fueran por mí. Les dije que me había quedado completamente huérfana. Me recogieron y al poco rato una

patrulla nos indicó que nos detuviéramos. Dob me aconsejó que me hiciera la muda. El policía nos dijo que era una revisión de rutina. Todo estaba en regla, y yo me despedí del oficial a señas; compadecido, me devolvió el saludo con grandes gestos.

Desde el primer momento traté de ser útil, indispensable. Aunque no me lo pidieron, me ofrecí a hacerles de comer, pero era una bronca enorme; ¿cómo les iba a hacer pozole si allá no hay chile ni maíz? En el súper, lo único parecido que vi fue una lata de chili argentino y picadillo. Ellos decidieron pagarme un sueldo de sirvienta; también me alquilaba de nana por horas. Ganaba bien aunque trabajaba de más porque no sabía manejar los aparatos. Una vez estaba lavando los trastes y el fregadero empezó a hacer un ruido; me asusté porque no sabía que era el extractor de basura. Las aspiradoras echaban agua. Un bebé me soltó un chisguete de chorrillo en plena cara. A otro le tuve que echar talco en la boca, a ver si así se callaba. Se calló, pero por poco y lo mato. De nana no la hice, de sirvienta tampoco, aunque allá es fácil hacer el quehacer: un botón y se hace todo, pero qué difícil es manejar los botones.

El matrimonio estaba feliz conmigo, pero les pedí otro empleo y me lo dieron. Entonces me mandaron a la tienda de Dob, una llantera. Él me gustaba mucho, y yo le gustaba a Nancy. Eran la gente más linda del mundo, aunque la verdad se empezaron a pasar de amables, pero yo no tenía malicia. No pensaba que una chava quisiera mis nalgas. Ni conocía la palabra lesbiana. Nancy se dormía conmigo y me acariciaba la espalda. No sentía que me agarrara con morbo. El que me besaba y abrazaba era Dob, en una cama inmensa, en medio de ellos. Creo que así se calentaban, yo pensaba que eran muy cariñosos y me hacía a un ladito para que ellos siguieran y yo pudiera ver a gusto la tele. Para ese entonces yo todavía no tenía relaciones sexuales: creo que ellos no querían turbarme, en buen plan me lo querían hacer. Hasta que un día, en la bodega de su changarro, papas: Dob se cobró la renta. Ni modo de decirle que no. Fue la primera y la última vez porque me dio mucha pena. En ese momento no pensé ni sentí nada. Tampoco sabía qué era o cómo se hacía el amor. Dob me gustaba como podía gustarme un hermano. Eran jóvenes y no podía verlos como padres; los sentía como protectores.

Meses después de mi llegada empecé a ver que el matrimonio se peleaba. Nancy decidió irse a la casa de su mamá. Mientras arreglaba su equipaje, le pregunté que si los problemas eran por mi culpa. Ella me dijo que no; al contrario, me suplicaba que me quedara a cuidarlo, a hacer el quehacer y a darle de comer. Dob andaba de cabrón con una vieja, hasta la llevó a la casa y se cogieron en la sala. Nancy me preguntaba que si me gustaba su marido. Yo lo negaba porque pensaba que ella también me pediría las nalgas, y después, ¿quién más iba a venir? Me empezó a caer gorda esa familia. Aunque todos eran muy amables, si les decía mañana es mi cumpleaños, me hacían una fiestota y recibía regalos de todo el vecindario.

Mi mamá no sabía en dónde andaba. Un día hablé a México por cobrar y así supieron de mi paradero. Mandaron a mi cuñada por mí. Todo el camino no dejó de

cagotearme por inventar historias y por andar matando a mi madre. Pero cero remordimiento. Creo que todavía estaba resentida. En mi casa sufría mucho, pero afuera me iba bien. A los 14 años fui reina de la primavera en Satélite. Después me saqué un premio por ser la joven mejor vestida. Iba cumplir 15 años cuando empecé a sentir un hormigueo, un cansancio, una pesadez tremenda, como si una placa de acero me oprimiera el lado derecho. Me dio calentura, infección intestinal..., cinco enfermedades a la vez. Me curé de la infección, de la gripa, pero el brazo me seguía hormigueando. Empecé a caminar sin coordinar. Mis malestares me impedían nadar y eso me hacía sufrir porque era una deportista excelente. Había competido en las Macabiadas en San Juan, Puerto Rico. Mi mamá me internó y los estudios no consiguieron aclarar nada. Me llevaron al Jefferson de Estados Unidos y ni siquiera me hallaron daño psicológico. Me atendieron bien, quizá porque sabían que mi enfermedad era consecuencia de las palizas que mi hermano Mauricio me daba. Como mi madre no podía controlarme le pidió a él que lo hiciera. Varias veces me rompió la madre. Llegaba bien cansado de CU, apenas iba entrando y mi mamá lo recibía con un rosario de quejas: que andaba en moto, que no hacía la tarea...

A raíz de la parálisis parcial, mi madre me llevó a terapia para que pudiera seguir escribiendo con la derecha. Como me resultaba muy difícil y doloroso, empecé a escribir con la otra, lo que anuló el trabajo de la terapia. Desde entonces soy zurda. De por sí mi cuerpo es muy defectuoso. Tengo una pierna más musculosa que la otra. Todos tenemos diferencias, pero lo mío es una exageración: hasta del hoyo de la nariz es desigual. El pie izquierdo es del número 3 y el derecho, del 4. Tengo zapatos que tienen más de seis años —recuerda que estuve guardada tres—. Camino de puntas, para no gastarlos; en primera, no voy a encontrar esa calidad, y en segunda, están carísimos. Cuando voy a una zapatería pido un par del 3 y otro del cuatro. Yo misma los cambio.

Los doctores gabachos aseguraron que la enfermedad era progresiva e irreversible. Me recomendaron que hiciera más ejercicio. Haciendo deporte me alivié. Por ese entonces me invitaron un toque y desde ahí me enamoré de la mariguana porque me permitía poner más atención a mis movimientos y podía coordinarlos mejor. Así me nació el vicio. Mi mamá se dio cuenta y empezó a amenazarme con mandar a llamar a los patrulleros para que me dieran un sustito. Ha de haber creído que surtió efecto su amenaza porque de buenas a primeras me vio cuidando el jardín. Mi mamá les presumía a todos lo hermosas que se estaban poniendo sus plantas. Bueno, pues un día que escuché que los patrulleros querían entrar en mi auxilio, empecé a gritar como condenada. Entraron y se olvidaron de mí porque lo primero que vieron fue la mata preciosa, enorme de mariguana que yo estaba cultivando en el jardín. Mi mamá no se la acababa. La acusaron de cultivo de enervantes. Tuvo que darles un dineral para que no se la llevaran. A partir de ahí mi mamá dejó de amenazarme con llamar a la patrulla. La zurra que me dieron mi mamá y mi hermano fue de padre y muy señor mío.

Mi hermano Mauricio me atropelló mucho. En una ocasión, venía de una fiesta y me pegó con el tubo de la aspiradora. No sé si por eso me quedé chueca; ya estaba mal, pero no tanto. Como mi perrito lloraba y quería defenderme, Mauricio lo aventó contra la ventana, rompió el vidrio y cayó en el árbol. Me golpeó tanto que me desmayé y me despertó a chingadazos. Él se opuso terminantemente a que estudiara arte dramático; aun así conseguí un papel en una película. Estaba filmando cuando Mauricio llegó por mí y me llevó a la fuerza a la casa. Mientras me golpeaba salvajemente, me gritaba:

—Tú no te vas a ganar la vida alzando las patitas.

Desdichado. Ahora cada que me ve me dice:

—Mira cómo andas, pareces puta barata. No te quiero ver, desaparécete de mi vista.

Siempre me he quedado callada y me retiro, pero la semana pasada, por fin, le respondí:

—Si no te gusta mi facha, man-tén-me.

—Qué, ¿a los 37 años?

—A los 40 o 50, manito. Una vez me truncaste el camino de ser artista. Siempre me sacaste de las greñas y no me dejaste ser. Desde hace años, ya lo sabes, no me gano la vida alzando la patita: me la gano abriéndolas. Muchas gracias, cabrón.

No me comprende porque es decente; si pudiera, me ayudaría. Aunque nunca se preocupó lo suficiente por mí. Rara vez se ha acercado a darme un beso. Una vez, cuando estaba en prisión, me regaló un caset de Carlos Cuevas. Lloré de emoción porque me gustan los boleros. Cuando le di las gracias me contestó indiferente:

—Ah. De nada. Ni lo he oído.

Y yo ilusionada, chillando en la cárcel, pensando: «Mi hermano me quiere, me adora.» ¡Qué me va a querer! Nada más me ve y empieza a jorobarme. Mi madre también me orilló a mi oficio, sin querer. Infatigable, me repetía:

—Te pintas como piruja. Por una cena das las nalgas. Por ir a bailar das el culo. Por un...

—No mamá, cuida tus palabras, no soy piruja: soy golfa. Me encanta andar en la calle.

A los 17 años, todavía ni sabía besar. Con eso te digo todo.

A los 18 años decidí ser puta. La culpa o el mérito se lo debo a un judicial. Estaba en el coche de mi mamá fumándome un toque, frente al monumento a los Niños Héroe, en Chapultepec y se acercó un sujeto malencarado y me amenazó con llevarme a la delegación. De un minuto a otro se oscureció. Me amedrenté y pensé que quería robarme el coche o que iría a asaltar mi casa porque le di mis datos. El tipo me aterrorizó de tal manera que cuando me propuso que me fuera con él, no lo dudé. Se subió a mi coche y se despidió de su pareja. Mientras nos dirigíamos al hotel, iba maldiciéndolo en silencio. El odio, el asco y el temor me enmudecían y me robaban la voluntad. Sus manos en mi cuerpo desnudo eran como hierro candente, que me marcaba. Cuando por fin eyaculó, pensé: «Que sea tu último placer.» A la salida cada quien se fue por su lado. Me sentí muy triste. No me alegré ni cuando un par de agentes fueron a mi casa para que fuera a identificar el cadáver del infeliz. Habían encontrado mis datos entre sus ropas. Lo habían asesinado. Les aseguré que jamás lo había visto. No me impresionó su muerte porque no era la primera que predecía. Es una de mis facultades. Soy una prosti metafísica.

A partir de la experiencia con el judicial me empezó a rondar la idea de la putería: «Los hombres enloquecen. Son capaces de hacer cualquier cosa con tal de hacer el acto sexual. Pero yo no recibo a cambio nada. Ahora que si hay una lana de por medio... Adelante.» Desde entonces, todos mis amigos me poseyeron a cambio de lo que yo quisiera. Por ese tiempo ya me había salido de mi casa y a cualquiera le había dado las nalgas gratis con tal de dormir bajo techo. Desde mi regreso de Estados Unidos los problemas en mi casa aumentaron. Mi familia exageró su celo, y yo, mi vagancia. A cada rato me salía de la casa sin tener dónde quedarme. Casi todas las noches tenía que andar negociando mi estancia:

—Carajo, no quiero irme contigo para coger. ¿Me invitas a tu casa, a dormir?

—Sí, claro, encantado de la vida.

¡Pumpumpún! Toda la noche coge y coge y cuál dormir. Me desvelaba soñando con un techo donde pudiera descansar.

—Ay, mamá, ¿no te da pena que tus amistades sepan que a tu hija Irma le compraste departamento y que la otra, la más chiquita, anda rondando? Si viviera mi papá sería diferente. Si me vas a heredar, herédame ahorita, que estoy joven. Ya

cuando esté vieja, ¿para qué?

Durante meses le chillé a mi mamá hasta que conseguí apenarla y me acompletó para comprarme un departamento mucho más grande que el de mi hermana. ¿Sabes cómo conseguí ahorrarlos? ¡A fuerzas me metí a vivir al cuarto de servicio de Irma!

—Perdóname, mana, pero no tengo dinero para pagar hoteles.

Tuvimos pleitos tremendos. Una vez me dio una infección intestinal y bajé a decirle:

—Manita, no quiero entrar al baño de allá arriba. Está asqueroso. Déjame entrar al tuyo y regálame un vaso de agua.

Con esas palabras le estaba queriendo decir: «Te necesito, manita, cárgame.» Pero me sacó a empujones. ¡Sentí bien feo!

Todos los días iba a los baños Martí, a bañarme y a hacerme tubos: ocho pesos me cobraban. Regresaba a cambiarme y me iba a talonear. No me compraba ni cigarros ni medias. Ni-me-dias. Y en menos de un año junté 700,000 pesos:

—Mamá, tú conoces de casas, acomplétame para un techito.

En menos de quince días ya tenía mi departamento escriturado: un millón 300 costó. Por coincidencia, destino o cruel ironía, estaba ubicado en la calle de Amores. Mi mamá me lo mandó pintar y pulir. Y yo, todos los días, como hormiguita, llevaba algo a la casa. Creció tanto que hasta el otro piso se fue. Y ahí nació la casa de Madam Fo, el putero.

Mientras trabajaba en el talón también vendía artesanías en la Zona Rosa, afuera del Angus. Si llegaba un cliente y me decía *vámonos*, sabía que me iba a dar dinero sin necesidad de pedírselo. Recogía mi tambachito y me iba con él. En agradecimiento le daba algo de mí: el cuerpo, un beso, una sonrisa... Una vez, un ingeniero llegó a comprarme algo y se enamoró de mí. Cierta ocasión me dijo:

—Si vendes fregaderas en un millón, igual puedes vender 10 millones; te voy enseñar cómo.

Me llevó a Pemex, donde él surtía equipo petrolero y durante quince días me enseñó a checar la maquinaria. Al cabo de ese tiempo me pidió:

—Ve tú sola a hacer mi rutina y tráeme los resultados.

Se los llevé perfectamente. La compañía para la que él trabajaba producía equipo petrolero seis meses y el resto del año fabricaba avalanchas. Vendí como 40,000 unidades en tres meses. Les surtía a los almacenes más importantes del país y a las pequeñas tiendas. Pero sólo tenía trabajo de julio a octubre. Mi secreto para vender consistía en que a los gerentes les enviaba amigas de muy buen ver completamente gratis. A los mejores clientes los invitaba a comer en restaurantes de lujo. Por supuesto que preferían comprarme a mí que a cualquier otro vendedor. Ganaba bien, pero quería más y por eso me metí a trabajar en las casas de citas, donde tenía clientes muy dadivosos, que me daban buenos regalos y dinero a escondidas de las madam. A los 20 años entré a trabajar a una casa de citas donde había mujeres bellas y jóvenes de buena posición, de distintas partes del mundo. Todas teníamos trabajo;

unas eran modelos, actrices, cajeras de banco... Otras eran casadas, pero ayudaban con los gastos al marido; claro, a escondidas de él; les decían que eran edecanes. Yo me presentaba como vendedora de juguetes al mayoreo.

Un año antes ya había empezado a trabajar como vedet en el Quick. En bikini cantaba cumbias y rock, a pesar de mi voz arguarentosa. Mi nombre artístico era Fonny Fu. Fue entonces cuando me di de alta en la ANDA para que me respetaran las horas trabajadas en el cabaret y en el cine, donde hacía escenas de doblaje. En la película *La revancha* me pagaron muy bien por estar en la cama, tapada, y pararme desnuda. Pero por querer hacerle a la espectacular di un salto enorme. Me levanté tan rápido que volé por encima de la cámara y no se registró mi imagen. Tuvieron que repetir la escena tres veces. También trabajé al lado de Verónica Castro, Otto Sirgo, Sasha Montenegro, Chagoyan, Angélica Chaín... Además, me empleaba como modelo; posé desnuda para la revista *Caballero*. A lo largo de esos años logré ahorrar una cantidad considerable porque aparte de la venta de juguetes y equipo petrolero, trabajaba en cine, radio y televisión; también me alquilaba en las casas de citas y, además, seguía vendiendo artesanías en la Zona Rosa, donde un día llegó un hombre altote, de 1.90, como de 100 kilos. *A nice guy*. Cada que me visitaba le compartía los sándwiches que Chonita me preparaba. Nos hicimos novios y me ayudaba a vender. Me cuidaba el negocio mientras yo paseaba a mis perros o me iba a atender mis asuntos. Él vivía en Azcapotzalco, cerca de las fábricas automotrices. No sabía hablar español, se había escapado de la guerra de Yugoslavia y hacía el amor divino. Hablábamos en inglés. Era un artesano muy diestro y necesitaba una soldadora; la conseguimos con mis contactos en Pemex. Nos regalaron una tonelada de rebaba de coche y se la llevamos a un amigo para que la puliera en una máquina. Con ese material hicimos lámparas de macramé, montadas en acero. Vendimos 20 a *Liverpool*, sin factura. No era fácil hacerlas —y mucho menos trasportarlas—; cada una pesaba 40, 50 kilos.

Él poseía antigüedades del Cairo, Egipto, preciosas. La fuerza que de las piezas emanaba era tremenda; quedaba atontada cada que me sentaba a admirarlas. Soy muy sensible para esas cosas. Él quería limpiar unos vasos de oro para que bebiéramos en ellos, pero no lo dejé. Le sugerí que les sacáramos fotos y que tratáramos de venderlos. Los envió a una casa de arte en Nueva York y de inmediato nos contestaron, pidiéndonos una cita. Él ya no quiso saber nada. Se los debe de haber robado. Sigo creyendo que eran un tesoro nacional. Eran tan antiguas que bien pudieron ser de Sodoma y Gomorra.

Se fue a vivir a mi casa y, de alguna manera, lo empecé a mantener. Y eso ya no me gustó, a pesar de que mis perros lo adoraban y nos divertíamos mucho. Ha de haber notado mi contrariedad porque decidió irse a Europa, a trabajar. Quinto que ganaba, quinto que ahorraba porque me había prometido que cuando regresara, compraría un terreno en el bosque para construirme una cabaña. De vez en cuando me hablaba por teléfono. Al año regresó y para celebrarlo hicimos una película porno

él y yo. No sé de dónde saqué la idea de que él podría enseñársela a alguien, que el muy mafioso la iba a vender y ni regalías me iba a dar. Se la pedí para borrarla. No quiso. Me enojé y en un segundo le rompí la cámara de video que le había costado un año de trabajo. Uta, me dio un cachetadón. Pero yo lo deporté. Y se acabaron nuestros planes de casamiento. Él se matrimonió con la primera europea que encontró. Después regresó y me enseñó las fotos de sus hijos. Lo corrí de mi casa. Pinto mi raya con los casados.

Como te podrás dar cuenta, también fui artesana distinguida. Los otros eran mariguanos que, además, tomaban en vía pública. La Zona Rosa tiene necesidad de tener gente bonita; de marías hermosas hablando inglés, vendiéndoles a los turistas sin estafarlos. Poniendo en alto el nombre del país. Ni cigarros fumaba mientras trabajaba. Uno de mis lemas es: *cuando hagas un trabajo, hazlo bien, como si fuera para Dios*.

Durante tres años aguanté a las madam de las casas; a mí sólo me tocaba el 10 por ciento. Nueve de las compañeras que yo contrataba para atender a mis clientes me propusieron:

—Faik, necesitamos trabajo y tú tienes casa.

En menos de una semana organicé el putero. Ellas me utilizaban y a mí me hacía feliz que me regalaran coca y mota. Compré un departamento arriba del mío para instalar la casa de Madam Fo. Mandé hacer unas escaleras de caracol para unir los dos departamentos. Al nuevo lo decoré tipo oriental. Redacté una invitación y la envié a todos mis clientes de las casas de citas y en donde vendía juguetes. Ocho horas, en un solo día, me la pasé llamando por teléfono —la base del negocio es el teléfono—; yo tenía dos líneas. Cité a todas mis compañeras. Estaban felices porque no les iba a cobrar ninguna comisión. El día de la inauguración todas llegaron con regalos para mí, así como adornos y porcelanas para la casa. Aún recuerdo el texto de las invitaciones:

Fortuna Faik, su proveedor, invita a usted a la gran apertura de la nueva compañía Madam Fo. Artículos de piel internacional. Piel fina de gran demanda. En Madam Fo encontrará los surtidos más extensos, delicados y exóticos. Y, claro, del país; con el más estricto control de calidad para satisfacer el gusto más refinado. Atención profesional.

Atenderemos sus pedidos las 24 horas, los 365 días del año.

What a day, my God! Fue un éxito la fiesta. Las chicas empezaron a llegar desde las dos de la tarde. Contraté a mi amigo Demian que tenía una estética en la Zona Rosa. Él se encargó de maquillarlas y trajo a dos peinadoras. Contraté meseros y valets para estacionar los coches. Los invitados empezaron a llegar a las cinco de la tarde; eran gente muy importante: políticos, embajadores, industriales de la capital y de diferentes estados de la República. Ya había acordado con las muchachas que ese día

sería libre hasta la una de la mañana, que todo lo que los clientes desearan a lo largo de nueve horas iría sin costo. Ellas tenían que conservarse intactas, felices y frescas para talonear a partir de la una. Y así fue. Demian se quedó los tres días que duró la fiesta. En el departamento de abajo yo checaba y apuntaba a las chicas que entraban y salían de las recámaras. Dos veces cambié a los meseros y al valet. Los clientes no se querían ir. Y como cobraba por hora, ni modo que los corriera. Y así empezó el negocio. Dejé las ventas, pero seguí en la artisteada; como era eventual, tenía tiempo para atender a mi casa, mi vida íntima, mi familia y al negocio, que llegó a dejar una ganancia no menor de los 40 millones de pesos al mes, libres de impuestos. Sin pedirles a las chicas comisión. Nunca tuve quejas de la clientela o de ellas. Y menos con la policía, pues varios políticos eran clientes. Tenía gente de confianza a quien podía encargarle el negocio cuando viajaba, pero no por mucho tiempo: al ojo del ama engorda la yegua. Y, además, me encantaba estar ahí.

La clientela era enorme. Las chicas terminaron pagándome comisión porque se sentían en la obligación de compartir sus ganancias. Era tanto el dinero que entraba en una noche, que no podía gastármelo en los dos días siguientes, en lo que me curaba la cruda y me reponía de la desvelada. No tenía tiempo. Lo guardé y compré muebles, perros... Les pagué varios viajes a Europa a mi hija y a mi madre.

Años después compré una casa en Miami, donde me asocié con Eddy, mi galán de allá, y pusimos una sucursal de Madam Fo. Costó 40,000 dólares, di la mitad. Era una casa preciosa, en Fontainblue. No, ni tan preciosa. Un día me enojé y le pegué a la pared y ésta se rompió. Se veía a la calle. Desde entonces empecé a pisar despacito: «Ay, no me vaya ir al infierno.» Allá hacen las cosas para usar y tirarse. En cambio, yo guardaba todo, parecía rata.

La Casa de Madam Fo en México tenía 20 teléfonos de modelo diferente: en el cuarto de servicio, en la cocina, en los tres baños, en el cuarto del perro, en el cuarto de estar, en mi recámara, en la sala... Tenía seis televisiones empotradas en el techo. Porque en el hotel Corinto, donde viví muchos años, así las tenían. En el cuarto de los perros tenía televisión, teléfono, contestadora. Antes, en la cárcel, no había teléfonos públicos. Sólo podíamos hablar por el de la dirección y había que hacer esperas de cuatro horas. Pues ese tiempo me formaba para poder hablar con mi *King*.

¿Dónde está todo cuanto tuve? ¿Qué le hice? No tengo nada. Ni amigas. No me quieren ver por idiota, por haber caído en la cárcel. Los bienes que llegué a acumular en México serían como de 400 millones de pesos, de antes. Los dos departamentos, joyas, pieles... Un óleo de Rufino Tamayo, a quien le pagué para que me hiciera un retrato, donde me pintó vestida de bailarina. Mi mamá dice que lo tiró a la basura, no lo dudo. Ella asegura que todo mi dinero se lo gastó en abogados y sobornos. De lo poco que le quedó le alcanzó para comprarme un cascarón de huevo en una colonia horrible. Ella me puede matar o hacer lo que quiera porque es mi progenitora y sanseacabó. Y la adoro. Pero le guardo mucho rencor.

Ahora que salí de la cárcel ya me valoro un poquito más. Aunque todavía me

siento denigrada, pero no tanto como antes. A pesar de que tenía dinero y poder, me quería morir. Esa idea se me acrecentó desde que me separé de mi esposo. La gana de matarme me venía desde muy joven, antes de imaginar que sería mujer del arte acá.

Los hombres son muy lindos mientras no tengan tus nalgas. En cuanto las tienen te mandan al diablo. Pero si no se las das, también te mandan a la fregada. La clave, entonces, es ser inteligente, disciplinada, déspota. Debes mentirles para traerlos pendejos. Hacerte la importante. Ser muy sexy, llamativa, provocativa sin ser vulgar. Pero, sobre todo, hay que ser humillante. Fría. Cero amor. Si les hablas con el corazón, con sinceridad, ya valiste... Eso lo aprendí desde mi primera relación sexual —la de Dob no la cuento porque ni fue relación ni lo escogí—; fue con el arquitecto Josué Guillén. Nos dábamos unos fajes tremendos; cuando estábamos bien calientes, mejor se iba. Él ya no aguantaba, ni yo tampoco, pero era señorita y él me cuidaba. Durante siete meses me resistí y él me cortó. Pero el amor me obligó buscarlo y a entregarme. Me puse bien guapa y decidida a todo, lo invité a comer:

—Vamos a la cantina de enfrente, ándale. Ahora sí te voy a dar lo que quieras. Vamos.

Quería que él fuera el primer hombre en mi vida. En la comida trató de hacerme entrar en razón. Pero yo quería cogérmelo, ¿quién nos entiende? Ya en el hotel de paso, a la hora de la hora, ya no quería, y él con la verga bien parada... Y yo encuerada. Cuando vi que el asunto iba en serio, salí conque hoy no, mejor mañana. Él no estaba para aguantar mis niñerías, así que me aventó al suelo y él se puso encima de mí. Cuántos panchos hacemos de señoritas. Con mi cabeza debajo del buró, cerca de la bacinica, me cogió. Quedé ensangrentada y tan muerta de tan cansada; claro, a consecuencia de la venida, aunque no sabía que había tenido un orgasmo. Esa vez me quedé profundamente dormida y con un dolor tremendo que me duró una semana. De ahí pal real no he parado. Desperté bajo una lluvia de pétalos, kilos y kilos de rosas.

En ese entonces no era mujerzuela, pero me gustaba que el hombre me diera todo lo que pudiera antes de cogerme: lentes, esclavas, chamarras... Entre más me daba, más a gusto me sentía. Así me nació la manía de cobrar. Fue mi época de amor y paz, cuando tenía un mundo de amigos. En realidad eran puros pendejos que no servían para nada, apenas para coger, divino, si tú quieres, pero hasta ahí. Nunca tuve un novio o un amigo que me brindara una ayuda. Por fortuna no tenía conciencia de mis

necesidades. Era feliz trabajando.

Empecé lavando baños en el restaurante Martín Fierro, donde ganaba excelentes propinas, sacaba 100 pesos diarios. Una vez mis cuñadas entraron de casualidad a los baños del restaurante y una de ellas se vomitó, nada más de verme limpiando las tazas. De allí ascendí a lavatrastes; tres meses después, ayudante de cocina y luego fui mesera hasta llegar a *barwoman*. Por supuesto, había dejado la escuela porque quería ayudar en los gastos de la casa. Luego trabajé con una vedet muy famosa. Yo era su secre; le ayudaba a vestirse, a cambiarse. Ella me salvó la vida. Mi patrona estaba en escena, en bikini, cuando me vio caer desmayada; en plumas, chaquiras y lentejuelas, semidesnuda, me llevó al Dalinde. Necesitaba una operación de emergencia del apéndice, pero no lo hacían porque era menor de edad. Mi patrona, incluso, ofreció sus joyas como garantía de pago. Cuando mi mamá llegó a firmar ya me había dado peritonitis. El doctor que me abrió la panza como si fuera una res; después de la operación me comentó que mi piel era fuerte, como de elefante, pero delicada. Ah, caray, ¿cómo está eso? Me parece un sinsentido, es como cuando me dicen que soy una viciosa sana, ¿tú entiendes algo? En eso del vocabulario se me traba la lengua, pero cuando era Madam Fo ni había necesidad de hablar; bastaba conque propusiera:

—Vente a mi departamento. Tengo lo que quieras: mujeres, vino, coca, hombres, mota...

Muchas actrices me pedían el departamento para ellas solitas. Chavas del talón que no imaginaba que eran lesbianas, apenas les proponía:

—Hay una actriz que te da tanto, ¿le entras o no?

Y le entraban. Claro, hacer el amor es lo mismo con cualquiera. A ver, cuál es la diferencia. ¿Fuetazos? ¿Besos? ¿Cadenas? Todo el mundo tiene sus fantasías; bien, se las doy. No hay fantasía erótica que no haya hecho realidad, hasta cogerme a una vieja. Aunque me da asco que me mamen. Soy cortesana, para eso estoy, para que me cojan, no para que me laman. No soy lesbiana. En la cárcel no anduve con nadie, pero me les aventé a varias. Cuando me llegaba la calentura le decía a mi compañera de cuarto, a la *Perezosa*:

—Cógeme, manoséame, hazme algo. *Help!*

—No, qué te voy a estar cogiendo. Se te aparece el Diablo, tú no eres tortillera.

De haber sabido que iba a acabar en eso, de pendeja desprecio a las actrices famosas que me daban cuanto quisiera. En Tepepan me olvidé de que soy heterosexual porque las ganas son canijas. En especial me gustaba una chava que no era guapa, más bien estaba gorda, pero me agradaba su carácter y su voz. Me caía excelente. Algo, cualquier cosa, debe tener un hombre para que pueda estar con él. Pero las cualidades que necesita una mujer para que me guste, ¡uta! Yo me cogería a Thalía, nada más por bonita, pero quizás ella me volvería a meter al bote por faltas a la moral. O a Madonna por musculosa. De ahí en fuera, las demás no son de mi gusto. La señora Costner me cogió porque me estaba dando una lana y porque le tenía

cariño, pero, ¿meterle el dedo? ¡Para nada! A la única que se lo metí fue a Luz, y ya nomás para no dejarla caliente, nada más por cumplir. Yo no dejo con ganas a nadie; sé la desesperación que se siente. Al día siguiente de que Luz y yo nos agasajamos quería mandarle mariachis, flores, una boutique, el Ángel de la Independencia con todo y leones... Como galán sería excelente: «Lo que quieras, mi reina.» A lo mejor es mi verdadera vocación... Pero nunca he tenido una galana de planta. Dos que tres viejas que me han tirado los perros, pero paso sin ver. A mí me gusta el sabor del hombre. No soporto la idea de acostarme con una vieja finita, chiquita. Aunque estoy fuerte, maciza, no puedo imaginarme besándole la pepa a nadie. Eso sí, te puedo asegurar, sin temor a equivocarme, que una mujer puede superar a tres hombres en la cama. Pero a mí, en lo personal, no hay nada mejor que sentir el molote sabroso de la verga. Que Dios me perdone lo vulgar, pero es la verdad más pura que guarda mi alma pecadora. Y entre más grande, mejor, aunque me desfunden. Cuando me cogen de a de veras, sangro, ¿lo crees? Aunque casi nunca me lo meten bien. Se vienen muy rápido o no la alcanzan a arrimar o equis. Casi no se tardan mucho, unos diez minutos; máximo una hora y se acabó la relación. Y aquí se rompió una taza... Aunque yo quede insatisfecha. Ahora ya me vale. Antes, hasta les devolvía la lana si no me satisfacían. Me podía dar ese lujo.

Pero sigamos haciéndole honores a la verdad. Un hombre no nos gana por tres centímetros o seis pulgadas o lo que mida su pito, nos gana en todo. ¿Qué haríamos sin los hombres? A mí me gusta sentirme amada por un varón. La piel masculina es completamente distinta de la de una mujer. En nada los superamos. A mí que me disculpen las feministas y las que andan pregonando la igualdad. ¿Cuál, de qué hablan, de qué se quejan? ¿Que somos tan machas como ellos? Pues lo seremos mientras no nos den una arrastrada, porque a la primera, te callas: derechita y sin tambalearte. Yo era muy brava; andando borracha, coca y mota me sentía Juan Camaney, pero ya he cambiado.

La otra noche estaba en un bar, ya había conseguido cliente y me había pagado los 1,500, pero otro señor empezó a lanzarme onda. Yo estaba sentada con el que ya me había pagado, pero el otro se acercó a decirme que devolviera el dinero porque se quería ir conmigo. Yo pensé: «Qué suertuda. Está guapísimo: alto, rubio... Papas, con mil que me dé, me conformo.» Salimos y me preguntó que dónde vivía porque me quería ir a dejar a mi casa. Me encabroné:

—Mira la hora que es, apenas son las cuatro. Dejé de trabajar por seguirte. Si no quieres nada conmigo, regálame, aunque sea, 200.

No quiso. Me llené de rabia y le reproché que me hubiera quitado el pan de la boca. Y para rematar lo maldije:

—Ojalá tengas una hija y le paguen así.

Estacionó su coche y me pidió que me bajara; me negué. Él me empujó levemente. Opuse resistencia, atorándome como lo haría un gato. «Fortuna, relájate. No le busques o puedes amanecer muerta.» Él nada más me dio un aventón y me

sacó. Con lo peda que estaba me fui de hocico. Todavía tuvo la amabilidad de aventarme mi bolsa antes de arrancar. Doy gracias a Dios que sólo me raspé la rodilla. Seré muy fiera pero contra un hombre no puedo. Jamás. Si un hombre te quiere chingar, ya te chingó; ¡un-hom-bre!, no se necesitan más. Trabajando en Insurgentes —por esbelta y musculosa— me han preguntado que si soy hombre o mujer:

—¿Tú qué crees, hijo? ¿Quieres que te enseñe mi credencial?

—Es que me han tocado maricones. Me llevan al hotel y me bajan mi cadena y me hacen pendejada y media. Tú perdonarás la desconfianza.

Por eso matan a las del gremio, ¿no? Pero yo me he salvado porque soy una ramera fuera de serie. Por desgracia somos un ejército. Imagina que una desdichada le hace una maldad a un tipo. Un día éste me confunde con ella, ya borracho, y me deja por ahí ahorcada. Varios se han quedado con ganas de madrearme, pero no pueden porque los desarma mi buena vibra. Muchos se me han ido sin pagar o me sacan de la bolsa el dinero que ya me habían dado. Qué haces: ¿Gritar? ¿Pegarles? Error. Error. ¿Por 500, 1000 pesos vas a permitir que te madre o te mate? ¿Y en tu propia casa; no, verdad? Por eso, muchas no los llevan a sus hogares. ¿Qué protección puedo tener, cuál? Ninguna. ¿Hablarles a los policías? Me joden a mí y al otro. Ahora que si viviera en otra colonia, chance y hasta diferente sería la vigilancia. Pero aquí, como ya te conté, no te respeta un tecolote.

No soy una persona problemática. Me relaciono muy bien con la gente *gay*, loca, drogada y artista... Ellos saben lo difícil que es esta vida y me comprenden. En cambio, con los borrachos ni con los nacos me llevo. Reconozco a un naco antes de que pronuncie una palabra; su naquez se nota a leguas. En cuanto habla, con sonsonete de naco, te dice: «Ma-ma-so-ta, me cuachalangua esa cajuela pa mis petacas. ¿Te gusta mi verga? Ayjo, qué rico palo. Inches nalgas, tan apretaditas. Ya vienen, abre el hocico pa echarte mis mocos. ¡Ay! in-che vieja, chíngale, duuuro hasta el foondo. ¿Te gusta que te cojan, verdad, cabrona?» Hay algunos que nunca dejan de alburearte. No se puede platicar nada con ellos, si por ejemplo les dices:

—No seas *pelado*.

—Así lo meto, ni modo que qué.

—*Baboso*.

—Así lo sacó. Ni que fuera lavado en seco.

—*Pendejo*.

—Así me quedo.

Y sí, así se quedan. Lástima que esos de lengua veloz y filosa sólo la utilicen para hablar. Qué desperdicio. El que no es naco te dice: «Mi amor, ¿te gustó? Qué rico se resbala mi pirrín en tu cosita. Dónde quieres que te aviente mi esperma. Ay, por comerte a ti, mi reina, me dejo matar. Uf, qué bárbara, pásame la receta para dársela a mi esposa. Abre las piernitas y siente lo que te voy a dejar ir.»

Hum. Regresando a las primeras relaciones sexuales... Siempre he tenido la

sospecha de que mi hermano me violó. Ya me había salido de mi casa y vivía con dos de mis hermanastros. Al mes de haberme ido con el arquitecto amanecí con las piernas húmedas de esperma y con la vagina irritada. Le pregunté a Andrés si él había entrado a mi cuarto; era muy posible que yo no hubiera sentido nada porque tomaba pastillas para dormir. Él lo negó. Aunque siempre me quedó la duda. Y para acabarla, hace poco Andrés me confesó:

—Te voy a hablar con la verdad. Siempre que te veo me pones nervioso. Me excitas demasiado.

—Qué te pasa, manito. Tómame un tequilita, aunque creo que ya estás pedo. ¿Cómo te atreves decirme eso en el velorio de mi tía?

—Ya estoy viejo. A lo mejor yo también ya me voy a morir. Te lo repito: siempre me has excitado. Cuando te envenenaste y te cargué, ¿te acuerdas?, estabas desnuda. Entonces creí que los nervios y el susto me hacían temblar, tartamudear, sudar frío: entumecerme. Era el ansia, el hambre, la sed del deseo. ¿Puedes imaginar cuánto he sufrido estos años? La vida ha sido irónica conmigo: cualquiera puede tenerte, menos tu hermano. Cómo he maldecido la mitad de nuestra herencia, que me ha convertido en un hombre incompleto. A tu lado lograría ser un hombre total, íntegro. No me digas nada. Tú conoces la prisión del deseo. Su infierno. Sus cadenas. Nada te pido, ni siquiera tu perdón.

Mis primeros pininos en la moto los hice cuando me iba a Cuernavaca. Sufría horrores cuando recorría la curva que llaman la *pera*. Es tan pronunciada que la moto se caía, era muy poca velocidad y la curva tan larga. Las autoridades habían puesto un carro deportivo en la copa de un árbol para que los automovilistas tuvieran extrema precaución en ese tramo. Para evitar que mi moto se fuera a acompañar al carro, prefería pedir aventón a los camiones materialistas a la entrada de la *pera*. Los choferes me ayudaban a subir la moto a su camión. En cuanto pasábamos la curva me bajaba; les aseguraba a los choferes que deseaba llegar a Cuernavaca en la moto. Mentira. Después de la *pera*, a tres postes, tenía plantada una mata de mariguana y, de cuando en cuando, pasaba a recoger mi cosecha.

Una de mis grandes aventuras en moto la viví cuando me fui a Acapulco, en la Carabela 60. Salí a las doce del día. En las cumbres se me apagaba la moto de lo fuerte que estaba el viento. Ante tan terrible panorama le hablé al Todopoderoso:

—Dios mío, para el viento. ¿Quieres que tu hija se mate?

Y el viento se detuvo. Pero cuando pasaban los camiones, el aire me jalaba; entonces me orillaba y me tiraba pecho a tierra. Solamente viajaba con el casco y alhajas y aceites y bujías. A lo largo del viaje se me quemaron 15 bujías. En mi desesperación, para evitar que me colearan los camiones y me aventaran, se me ocurrió encuerarme en la carretera. Me quité mi equipo y me quedé en traje de baño, para que vieran que era una mujercita y que evitaran echarme el camión. Y así fue, sólo me tocaban el claxon: «¡Ta-ta-tá, pinche güerita loca!» Como a la hora me tuve que vestir de nuevo. Imagina el calor, el aire tan seco, las piedras minúsculas enterrándose en mi piel; un mes tardaron en salirseme. Llegué a las cuatro de la mañana, derecho al Baby'O. A mí y a la moto nos bañaron en champán. La moto no jaló en 15 días porque quedó bien peda y porque los platinos quedaron como chicle; el motor valió madre. Llegaba con la vara alta porque el gerente había sido mi compañero en el Colegio Sefaradí.

Nunca más volví a manejar en traje de baño o en short. Jamás me subí con minifalda. No era ético porque yo era la *Abuela*, la que si los veía en guaraches, tenis o en short, los paraba y los regañaba:

—Órale, te pones pantalones o no manejas.

Cuando andaba en las motos no tenía instintos suicidas; al contrario, tenía que cuidar a mis *nietos*, a todos los cabrones de las motos. Me desvivía por ellos. Si no atendían mis instrucciones les quitaba las llaves. Tenía ese poder. A las chavas les preguntaba:

—¿Te quieres acabar esas piernas tan divinas? Con esa falda, enseñando los calzones, cualquiera se les puede atravesar y se van a matar. Pónganse guantes, casco.

Ellos protestaban porque ya no usaba casco: si me caía era para siempre y no quería quedarme paralítica. Además, me restaba visibilidad y me ahogaba. A veces, el mismo casco te puede matar, es tan pesado y tan grueso que te desnucan. Si caes mal, te matas. El casco te protege del golpe, es un armazón, pero en un santo putazo a 180 kilómetros te rebana el cuello: la cabeza sale volando. Para lo que sí sirve es para que te reconozcan, para que te entierren con tu nombre encima. Cualquier material que te aguante un trancazo de ese tamaño y que no se rompa, a fuerza te tiene que matar. Por fuera quedas sin un rasguño, pero el cráneo está en mil pedazos. O tienes rota la columna. Jamás usé casco y por eso me perseguían los *tamarindos*, pero me les escapaba. Mi escondite preferido era en el monumento del Ángel, adentro, en las escaleras. Cuando me llegaban a alcanzar me decían:

—A ver, no trae guantes: no trae placa.

—Ay, poli, de tanta vibración se me cae cada cinco minutos. La entaquito bien, pero las tuercas se salen.

Sin bajarnos de las motos, tranquilos, sobre la marcha, íbamos arreglándonos. Aprovechaba la ocasión para pedirles sus insignias:

—Ay, poli, regáleme una aguilita. Qué bonitas letras y números, ándele, para mi chamarra. Si me obsequia sus guantes me los pongo. Mire, qué preciosas manos tengo, se me van a echar a perder, regálemelos.

Acababan dándome lo que les pedía. Hasta me disparaban mis cigarros. Les maravillaba que una mujer se les perdiera en una moto tan pequeña como en la Carabela 60. Que los provocara, que en cuanto me marcaran el alto, les respondiera *sígame*. Que en Reforma ¡ruuun ruuun! Y ellos detrás de mí en su moto grandota, que no cabe en ningún lado. A lo mejor era así de cábula con ellos porque había tenido un novio que era agente de tránsito, un mordelón, que me enseñó a andar en moto y me inscribió en el escuadrón de acrobacia. Lo conocí en Satélite; él tenía una Harley. A mis habilidades de motociclista se sumaban las que había conquistado en la gimnasia olímpica, natación y yoga, deportes que me daban un excelente dominio de mi cuerpo. Un día, en la bajada de Reforma, me pasé de un coche a la moto, los dos vehículos en movimiento. Le dije al de la moto, mientras me salía por el quemacocos del coche:

—Acércate y mantente. A la misma velocidad vayan los dos.

Salté del coche a la moto y viceversa.

En ocasiones, cuando no podía alcanzar a mis cuates, me bajaba de mi moto y

paraba un taxi, la subía y vámonos. Ellos me decían que encargara a mi *chiquis*, que ellos me daban el aventón. No, ni loca, precisamente por chiquita no la podía dejar en ningún lado porque se la volaban. Mi moto era 60, pero la había convertido en una 125: tenía doble garganta, doble *fuel injection*, doble tanque de gasolina... Corría bastante. En la ciudad no necesitaba más. ¡Imagíneme con mi casco y mi equipo llegando a Pemex! Me miraban como diciendo: «¡Una extraterrestre! ¿De dónde viene esa marciana con equipo y mochila?» Me quitaba mi indumentaria en la caseta de vigilancia y ahí, a un ladito, guardaba mi moto. Era conocida como la *Inge*. Yo sentía que se preguntaban: «¿Cómo le hace para manejar moto y traer esas manos tan bien arregladitas?» La *Inge* llegaba como maga: impecable, con un vestido precioso, a meter formas a la computadora o lo que tuviera que hacer. La *Inge* se veía im-presio-nan-te. Bonita. Sería el año 78.

Todos los mordelones me conocían. Yo no sé por qué ahora no. Si me vieran en la moto, chance. A muchos los saludo: «Hola, poli.» Y me contestan como si fuera una loca desconocida. Me acuerdo que me llevaba a todo dar con la policía. Los quería. A mí nunca, antes de entrar a la cárcel, me había pegado un oficial. Antes, cuando me llegaron a tomar del brazo los acusaba de atrevidos y ahorita me dejo jalonear y que me hagan lo que quieran. Estoy curtida. Por lo general, el policía se la hace de pedo a los hombres. Y a la mujer, no. Cuando me pasaba los altos me regresaba a pedirles perdón aunque mi educación los enojara:

—¿Y pa qué me lo viene a decir? ¿Se viene a burlar de mí o qué?

Por ser quien era, los polis se me cuadraban. Me besaban la mano:

—Señora bonita, la Zona Rosa no está cabal sin usted.

Aparte de la moto también tenía coche. Pero seguido estaba en el corralón o en las delegaciones o chocado. Al auto no lo cuidaba. Ni lo lavaba. Se me desbieló tres veces porque nunca le echaba agua. El portero del edificio se ofrecía a lavármelo gratis, pero ni así aceptaba. Sus hijos se subían al toldo y no me molestaba. El auto me servía para pasear a mis perros, llevarlos a concursar... A los perros los entrenaba en la motocicleta. Llegué a tener tres motos, siempre chicas, para todo tipo de camino. La moto grande era para carretera y para carrera. Hice viajes a Acapulco, Yucatán, Cancún, Tabasco, Chiapas... Y para cotorrear en la ciudad con los cuates, una Kawua 100, KX. Cada año todos cambiábamos de modelo.

La Carabela 60 me duró como 15 años. Fue la primera moto que me compré, a los 16 años. Me costó tres mil pesos. Era un dineral. Mi primer coche me costó 45,000 de los pesos del año 74. Y lo adquirí por los perros. Y eso que no tenía a los Afganos sino dos French Poodles.

A fines de los años 70 se llegó a formar un grupo como de 700 motos, sin exagerar; estaba integrado por varios clubs. El mío se llamaba Motoclub Coyoacán y se concentraba en el restaurante Bonanza a un lado del Teatro Insurgentes. Ahí nació todo. También nació mi hija porque su padre era un chavo de las motos que se mató en la carretera de Acapulco, en un accidente brutal. Iba dando la vuelta, junto a un

trailer y ¡mocos!; se le cayó encima la caja del trailer y se fue al voladero; 72 horas tardaron en sacarlo. Mi hija tenía un año y dos meses.

Los integrantes del club teníamos un lenguaje de señas: bajar la mano y apuntar el dedo índice al suelo quería decir *hoyo* o *tope*. Así, el de atrás sabía lo que se iba a encontrar. Nunca íbamos cerca el uno del otro, siempre conservábamos la distancia de dos coches para poder maniobrar bien. El que iba adelante era el guía, el encargado de hacer las señales. O el que en ese momento fuera el capitán; nos turnábamos. Éramos muy unidos. Si chocaba alguno, inmediatamente tenía todo nuestro apoyo. Les ayudábamos a pagar la reparación de su moto para que no la perdiera. Nos empeñábamos en portarnos bien porque sabíamos que un grupo de motociclistas impone, provoca miedo. Se nos veía la hermandad. Todos traíamos radio. Si pasaba un accidente nos comunicábamos de inmediato y, en un momento, nos juntábamos: Insurgentes se volvía un mar de motos. Cerrábamos un tramo de la avenida y echábamos arrancones, caballitos, hasta quemar las llantas. Nos divertíamos deportivamente, hasta que nos corrieron de Vips. Entonces nos fuimos al Tom Boy, frente al Parque Hundido. Ahí sí hubo accidentes y nos volvieron a correr. Había redadas a cada rato. De repente llegaban los *tamarindos*. «¡Aguas, la chota!» Mi chiquita era mexicana y no tenía por qué correr, pero de todos modos también pegaba la carrera. Y empezaba el salidero de motos automáticas. La gran mayoría no tenía papeles que demostraran que eran propietarios legales. Todas las motos eran ilegales porque en ese entonces no se podían conseguir en el país motos que pasaran de 600; como todos querían más potencia, las importaban. Pero en lo que se arreglaban sus papeles, se amolaban. O las compraban chuecas; por eso los llevaban a la delegación. Antes de que los agarraran había más chance de salvarlos porque había una señora que respondiera por ellos: yo. Pero cuando yo no estaba presente y se los llevaban detenidos, entraba a la delegación y me subía en los escritorios y lanzaba encendidos discursos hasta que conseguía liberarlos. Mis *nietos* me sacaban en hombros. A más de cuatro agentes les aventé mi malteada de fresa en la jeta porque llegaban a jalonear a mis *niños*.

Entre los motociclistas conocí a amigos del alma, inolvidables como el *Malvado*; su apodo no era de oquis. Acostumbraba llegar al Tom Boy y subirse al techo de mi Renault a bailar el jarabe tapatío. Un día me encabroné y salí con la azucarera con toda la intención de aventársela, pero me contuve porque tengo muy buen tino y no quise rajarle la cabeza. Así que agarré el candado con la cadena, y le estrellé el faro de su moto. Entonces, él puso mi moto en medio de la calzada y un Ruta 100 despanzurró a mi *chiquis*. Yo, que nunca la prestaba; la negaba porque mis compañeros estaban acostumbrados a manejar motos grandes y en la mía se confiaban y podían matarse. Un día, un cuate se la llevó y sólo regresó con el volante, todo raspado; apenas llegó a la esquina. Ellos eran unos fregones en sus CBR, en sus Yamahas, que pesan media tonelada; la mía pesaba 100 kilos o menos.

El *Malvado* nació en moto. Fue campeón nacional. Las motos de 1,300 las

reventaba porque quería correr más. Una vez se estrelló en las curvas presidenciales, en la Magdalena, contra las barras de contención. Se le clavó el volante en el tórax. Dio vueltas, maromas, mientras el volante iba abriéndole el pecho, el estómago... Cada vez más. Hasta las anginas. Por fin, la moto se paró. Óscar como pudo aventó la máquina. Las ambulancias ya iban a su encuentro, pero él se levantó corriendo y se subió a la primera que le salió al paso. ¡Uta madre, qué hombre, qué güevos! Qué bromista. Una vez me nalgueó en la Magdalena Mixuca, en una curva. Se siente grueso una nalgada a 80 kilómetros por hora.

Estuve en tantos hospitales, visitando a mis compañeros heridos. En todos los panteones, sepultándolos. Sufría al mirar sus destrozos. Ya muertos, tendidos en la plancha, platicaba con ellos mientras les lavaba la sangre. Al final los cubría con una sábana nueva. Los peinaba y les dejaba una imagen decente para que sus madres guardaran una buena impresión de ellos. Pocas veces me agradecieron esos detalles porque los familiares ni se enteraban y tampoco había tiempo para esas formalidades. A todos mis amigos los enterré con una estrella de David. Ya fuera de oro, plata, marfil, carey... Siempre que voy a un velorio llevo una estrella y mi rosario.

A mis *nietos* les pagaba los entierros, el lote en el panteón y las cajas de muerto. En ese trance estaba cuando una prima, que en paz descanse, tuvo un accidente en Estados Unidos y la trajeron a México para enterrarla. Su ataúd era precioso, blanco, de fierro. Pero como un judío no puede ser sepultado en ataúdes metálicos, sino en cajas simples, de madera, pues fui con mi tía y le dije:

—Me da mucha pena, pero, ¿te puedo pedir el cajón de mi prima? Ella no lo va a necesitar.

—Ay, hija, ésa es tu cruz: enterrar a tus amigos. Llévate.

Y entre tres motos, perfectamente alineados, deteniéndolo con una mano, llevamos el ataúd vacío del Gayosso de Sullivan al Gayosso de Félix Cuevas. Estábamos velándolo cuando me acordé que en el sepelio anterior me había quedado en el cementerio, cuando la gente ya se había retirado y vi a varias personas quitándole las flores a mi amigo. Me dolió que se las llevaran para revenderlas. Me lastimó tanto que pisaran la tumba. Ah, pero no me lo volvieron a hacer: judía y coda, ¡ja! ¡Váyanse a vender a su madre! Cuando se terminó el velorio y ya se estaban llevando la caja, les ordené a los muchachos:

—Despedacen los ramos y pónganlos sobre sus chamarras.

Me coloqué atrás de la carroza. Íbamos de negro, enguantados, en fila, con casco... Todo el camino fui aventando los pétalos de las flores. A 40, 60 kilómetros íbamos las 700 motos. Los comentarios de los funerales salieron en televisión. En Guadalajara nos vio mi tía y me pidió que cuando se muriera, la enterrara así. Cuando cumplí su deseo, la familia se moría de vergüenza. Como ya no tenía moto me subí con ella, en la carroza. Mi mamá me dijo:

—Qué ridícula eres. El día que me muera ni te pares en mi entierro.

Otra tía me pidió:

—Yo quiero que desde un helicóptero tires mi cajita con las cenizas, en medio de la bahía de Acapulco.

Ella es la que me tiene preocupada: les tengo pavor a los helicópteros y a los aviones. Cuando me subo a un avión me voy en la cabina, con los pilotos o me subo pedísima, motísima: perdida en el espacio. O me trago pastillas para dormir. O leo La Biblia y beso un crucifijo y aprieto mi estrella de David. A ese miedo agrégale la película de terror que viví hace poco en el aeropuerto. Puse mi bolsa en la banda y me pasé. En eso, vi perfectamente, en la pantalla, el papelito con la coca, dentro del estuche de pinturas. Nunca en la vida había pasado una aduana *cargada*. Me dio un ataque de tos: «¡Cof, cof...!» Entre mi tos y el *bipbip* que provoqué por pasar con las llaves, sentí un bajón de presión. Los oídos se me taparon. Un rayo me enfrió el esternón.

—¿Se siente bien?

—Sí, gracias, de maravilla.

Había un pastor alemán, ¿de cuándo acá hay perros en el aeropuerto? Cuando veo un perro, tú sabes, grito de entusiasmo; pero ese día ni lo pelé. No le dije nada a mi acompañante porque es fresa y se hubiera desmayado. Andaba *cargada* porque no sabía que iba a viajar; había amanecido con él.

Bueno, pero ya me desvié; estaba hablando de lo cumplida que soy. Que lo poco que prometo, lo cumplo. Me caigo bien por eso. Luego me detengo a pensar por qué no me prometo un condominio en la bahía de Puerto Vallarta. No lo hago porque tendría que trabajar durísimo. En cambio, sin promesas de ese tipo puedo disponer de mi tiempo y hacer lo que quiera. ¿Cuántos millonarios pueden darse un toque, como yo, ahorita? Está de lujo de mi mariguana, pura lana de borrego.

Todas las muertes me han dolido. A varios les he visto la muerte en los ojos. Cinco segundos antes les he dicho:

—Te vas a matar, bájate, te vas a morir.

En cambio, yo nunca sufrí un accidente serio. En dos ocasiones me caí. La última, poco antes de que me apresaran. La mala suerte me andaba pisando los talones. Sufrí unos raspones y se me rompieron las uñas, igual que la primera vez que me estrellé; estaba en una casa de citas y me había sacado a un cliente para evitarnos pagar el porcentaje. Me subí a mi moto y él me siguió en su coche. El hombre me veía fascinado. La lluvia brillantando mi traje de piel en rojo, blanco y negro. En la espalda decía: *Star Faik*. Era de asbesto y malla de nylon. No en balde me llamaban doña pleonasma: un cuero portando un cuero. Íbamos por el hospital 20 de Noviembre cuando hice lo que nunca debe hacerse mientras se maneja una moto: crucé los brazos, perdí el equilibrio y me fui a estrellar contra un árbol. El tipo enfrenó. Intentó bajarse. No lo dejé. Tardé como cinco minutos en pararme. Ya de pie le pedí que me ayudara a levantar la moto, que estaba tirando gasolina. Después le dije que me ayudara a buscar mis uñas porque al día siguiente tenía una audición en los Estudios América. Se sorprendió, pero acercó el coche y con los faros encendidos

iniciamos la búsqueda. Como el golpe y el cliente se me estaban enfriando, en caliente le propuse que nos metiéramos a cualquier hotel. No quería dejar la lana porque estaba juntando para irme a uno de mis tantos viajes a Miami. Apenas entramos a la habitación me empezó a doler horriblemente la columna. El tipo se asustó, me sugirió acompañarme a mi casa o al hospital. Se lo agradecí y mejor le pedí que me dejara, pero antes intenté devolverle su dinero. *La plena satisfacción de sus deseos o la devolución de su dinero*, era otro de mis lemas. Dejó los billetes sobre el tocador y se salió. Desde ahí le hablé a mi amiga Luz para que fuera por mí. Cuando nos dirigíamos al 20 de Noviembre pasamos por donde me había estrellado y también le pedí que me ayudara a buscar mis uñas. Se enojó, me empezó a regañar y la mandé al diablo. Se fue y entré sola al hospital. Durante años sufrí la dolencia de la espalda. Fuera de esos dos madrazos, nada me ha pasado. Dios es grande, no cabe duda.

Por costumbre, hasta la fecha, si sé que se mató algún motociclista, voy a ver si es alguien de mi época dorada.

Me encarcelaron porque le di asilo a Mara. Los agentes la andaban buscando porque se dedicaba a vender mota, pero me encontraron a mí. La conocí cuando ya me había casado. Era Mara, la *Tupamara*; así le decían porque era uruguayana y siempre andaba armada. Poseía una personalidad muy atrayente. Se parecía a una princesa india, de las indias de Norteamérica, como la que rechazó el Oscar de Marlon Brando. Quizá más bonita. Acepté alquilarle mi cuarto de servicio porque la admiraba. Mi mamá me pidió que la sacara porque me había soñado en la cárcel —ella, como yo, tiene boca de profeta—. También Luz me pidió que la corriera. Mara me juró que ya no iba a vender mariguana; que nada más conseguiría para nosotras dos, porque se iba a dedicar a trabajar un taxi para sostener a su hijo. Pensé que merecía una oportunidad. Un general muy amigo mío, que después fue secretario de Estado, también me pidió que la pusiera de patitas en la calle. Hasta me exigió que ya dejara la mota, que para desintoxicarme me invitaba una temporada en su rancho. Incluso, si quería, podía llevarme mi moto; pero no quiso que cargara con mis perros porque aseguraba que los suyos eran de verdad y los míos eran putos. Eso creía. El *King* era muy cabrón cuando tenía que defenderme. Los agentes que me detuvieron consiguieron controlarlo porque eran cuatro y porque le rompieron el hocico y la cabeza a cachazos y lo patearon, al igual que a mí.

Me agarraron en el garage, limpiando mi moto. Estaba esperando al chavo que nos vendía coca, a mi esposo y a mí. En eso se acercó gandallamente una camioneta. Como soy una llevada pensé que eran amigos. Pero me la estaban aventando en serio. Me asusté. Se bajaron dos judiciales y me agarraron de los pelos, pas pas: contra la pared. Me revisaron y no me encontraron nada. Me subieron a la camioneta y uno se llevó mi moto. Me rompieron la madre, a fuerzas querían que les dijera quién me vendía las drogas. Les dije, pero no me creyeron. Ignoro qué más querían saber. Claro que nunca pronuncié ningún nombre. Les dije que conectaba con el *Negro* de las islas de la Universidad. La idiota de mí les aseguró que no era adicta a la cocaína, que nada más le entraba a la mota:

—Si quieren vamos a mi casa para que vean que sólo tengo para mi consumo.

En ese entonces tenía una seguridad tremenda. Antes de la golpiza que ellos me pusieron no se me barría el caset como ahora. Los madrazos, las impresiones y la

mala alimentación acabaron por alterarme los nervios. Por eso estoy tan taruga.

Ése fue mi gran error: subirlos a mi departamento. Apenas entraron, me aventaron y empezaron a gritarme. Al poco rato regresó el judicial que se había llevado la moto; los cuatro, casi al mismo tiempo me insultaban:

—Órale, pinche puta, hija de la chingada, camínale, métete. Despierta a tu amiga. ¿Dónde está tu cuarto? ¿Con quién vives? ¿Por qué está cerrado?

—Luz, levántate, no te asustes.

Con pistola en mano revolvieron toda la casa. Había olvidado que tenía las Ritalin, unas pastillas de Toño. El día que nos separamos le aventé sus cosas por el balcón. En pleno Cuauhtémoc volaron corbatas, camisas, calzones... Pero no le aventé las pastillas (que tienen un efecto de coca barata; sirven para activar). A mí me servían para estabilizarme. Soy hiperactiva. También se usan para cortar, mezclar, la coca. Eran cuatro cajas. Tal parece que los judiciales habían encontrado oro, al verlas se alegraron. Esposada y tirada en el suelo todavía tuve la inocencia de pedirles:

—Oigan, denme una, estoy muy nerviosa. A ver si así me calmo y podemos hablar.

—Tú no entiendes, hija de la chingada, ves el temblor y no te hincas. ¿Dónde cabrones está la coca?

Y pas pas. Cuando encontraron las pastillas todo se desbordó. Fue entonces cuando me violaron. Para mi fortuna entré en shock y no sentí la violencia ni el abuso. Los días que estuve detenida en mi casa, los judiciales me tuvieron encuerada y esposada: mi muñeca unida al tobillo. Siquiera me quitaban las esposas para ir al baño, pero también para que les preparara el café o el desayuno. Después me volvían a esposar. Yo me las tenía que ingeniar para poder comer. En cambio, los agentes se portaban amables con Luz y le permitían salir. Ella era igual que yo, bien pervertida, y tuvo relaciones con ellos. Hasta con dos a la vez, en buen plan. Nos tuvieron separadas. Ella aceptó cooperar en todo. Feliz de la vida balconeo a dos que tres clientes que nos surtían coca, pero los judiciales no se conformaron con esa información. Querían a Mara. Nunca abandoné la idea de aprovechar cualquier oportunidad para hablarle a mi mamá y pedirle ayuda. Aunque ya me había advertido que el día que me agarraran por mariguana, que ni le hablara, que hiciera de cuenta que en ese momento la acababa de enterrar. Entonces ni a quién hablarle. Pero ella dejaba recados en la grabadora. Toda la vida, a diario acostumbro hablarle, así esté en la isla de Java o pedísima. Mis amigos de las motos también me hablaban preocupados porque no me habían visto.

La mañana que me agarraron había llegado a mi casa en un estado de ánimo horrible: me había peleado con mi esposo y sentí que ése era el adiós definitivo. Ya teníamos tres meses de separados y yo había ido a buscarlo para que nos encontentáramos. Mi corazonada se hizo realidad: jamás lo volví a ver; nunca me visitó en la cárcel ni se interesó por mi suerte. Andaba tristonza, y con el rebote de la coca y la mota que traía, más me apendejé. Los judiciales me pidieron 10 millones de

pesos para soltarme. Yo les respondí:

—Aparte de que me cogen, me pegan y me roban, ¿todavía me piden dinero? No tengo esa cantidad.

A Luz la quise como a una hija. Le pagué la escuela. Volví a la ramería para evitar que ella se metiera. Le renté un departamento y le compré ropa. Luego vi que era mañosa y ratera y ya no la pude tener en mi casa porque tenía muchas cosas de valor. Cada quien por su lado, pero cuando me separé de mi marido la volví a buscar. Como mi hija vivía con mi mamá, la sustituí por Luz. Íbamos a todos lados. Gastábamos como locas. Un día me pidió que la ayudara a abortar y lo hice. Pero antes le dije que ése sería mi último aliviane porque Dios podría castigarme poniendo a mi hija en la misma situación. Mientras estuvimos detenidas en la delegación le dije varias veces que no se preocupara, que íbamos a salir. Ella salió y se fue a la casa, donde me robó cuanto quiso. Tampoco la he vuelto a ver.

Los agentes no se iban porque esperaban a Mara; como no llegó, nos llevaron a la delegación, a mí, a Luz, a la novia de Mara y a su hijo, de pilón. Cuando me sacaron del departamento los agentes me pidieron que bajara calladita, que si hacía un escándalo no me la iba a acabar.

—Si ya me pegaron, si ya todo, qué más. Lo único que les falta es matarme. Pues, órale, así me ahorran la suicidada.

Iba bajando cuando un vecino me vio toda madreada y despeinada; él, que siempre me había visto como reina.

—Avísales a mi hermano, a mi mamá. Diles que me llevan a la Benito Juárez.

Mocos, que me callan y a empujones me subieron a la camioneta. Mi vecino cumplió mi encargo, pero mi mamá y David tardaron en encontrarme porque en la delegación me negaban. Cuando, por fin, escuché la voz de mi hermano, preguntando por mí, le grité y le chiflé desde los separos. Tenía miedo de que me fueran a desaparecer. Cuando lo vi le dije que me habían pegado:

—Y qué querías, pendeja, que te dijeran: «Fortunita bonita, saca, por favor, la droga. A ver mi chula, ¿quién te la da?» Ellos están cumpliendo con su trabajo. No tengo dinero para sacarte. Y ni modo que venda mi coche.

Uno de los agentes me comentó después:

—Tu hermano es amigo del procurador, ¿sabías? Se conocen de Alcohólicos Anónimos. Escuché que le pidió que te diéramos un sustito. Nadie te quiere, güerita, ¿cómo ves?

Me sentí muy devaluada. A lo mejor David ignoraba el tiempo que me tuvieron encerrada en mi casa y como sólo se permiten 72 horas de averiguaciones, sin más trámite me llevaron a la Procuraduría. Los judiciales se regresaron con Luz a mi casa para montar guardia. Cuando Mara llegó, mi amiga le puso el dedo: «Ésa es.» Las dos purgamos nuestra condena en Tepepan. Ella y todo el penal siempre creyeron que yo la había delatado. Dios, cómo sufrí el desprecio y la violencia de Mara, de sus amigas y de sus múltiples esposas, tan temibles como ella. El tiempo la hizo

comprender que no pude haberla traicionado.

Me dictaron una sentencia de siete años. A los tres salí preliberada. En ese tiempo supe que la libertad es invaluable. No sé por qué reincidimos. Tal vez porque nos resulta más cómodo el camino andado. Estoy convencida de que la cárcel no sirve para regenerar. Hay que crear algo que realmente nos ayude a rehabilitarnos. La readaptación está aquí afuera, no allá adentro. Regeneración sería que dejara las drogas. Que cambiara mi forma de ser. Creo que la cárcel no sirve, hace daño. Te vuelve más sangre fría. La madrugada que la patrulla me agarró con el taxista actué con alevosía y ventaja, con todo el dolo del mundo; hice trampa, yo que soy honesta. La cárcel te despierta lo malo. Aunque también te ayuda a cambiar conductas. Antes era una prángana. Claro, tenía sirvientas. Ahorita no tengo ganas ni de dormir siquiera. Puro vivir, no me importa si cobro o no. No puedo hacer una vida de mamá e hija porque nunca la viví. A seis meses de haber salido del reclusorio, valoro cualquier cosa. Limpio mi casa. Me gusta. Me paso horas aquí. En la cárcel aprendí a ver a la gente más allá de su apariencia. La cárcel me enseñó a valorar la vida, la libertad y a ponerme más verga porque andaba a lo pendejo. En el aeropuerto, qué sangre fría; la misma que tengo cuando estoy cogiendo. Me volví sucia, deshonesto. Sin querer he pensado: «A ver cuándo se viene éste y se larga.» Son contradicciones del alma. La estabilidad no existe. La prisión me aleccionó para fingir demencia. La lección la puse en práctica cuando entré a una tiendita de Iztapalapa a comprar cigarros y de repente atrás de mí una mujer anunció:

—Éste es un asalto.

Me volví y la reconocí. Era una ex interna de Tepepan. Traía una pistola; venía acompañada de dos hombres. La vi, me vio: nos quedamos de a seis. Con la mirada me dijo que chitón. En sus ojos leí que me mataría si pronunciaba su nombre.

Cuando me operaron de hemorroides, cuatro manos con tijeras se metieron en mi culito. El dolor duró un mes. Ya no podía con las almorranas. Se me salía la caca, no tenía control, y ni así me operaba. Hasta que un día, visitando a un amigo que se había caído de la moto, decidí acompañarlo y le pedí a un doctor que me operara:

—Doc, como trabajo con las de acá, déjemelo bien bonito para que luzca.

Me iba a quedar tres días en el hospital, pero estuve internada 15. Si hablaba o tosía, sentía un dolor tremendo, pero nada más mis amigos llegaron... Mi mamá mejor se salió porque todos empezaron a fumar cigarros normales. Les pregunté si traían un toque:

—¿Sí? Pues qué esperas, hijo, préndetelo.

Y fume y fume... Inmediatamente me dieron ganas de cagar. Aún así, pregunté:

—¿Traes coca? Prexta, que nada te cuexa.

A veces la coca la cortan con bicarbonato y eso te provoca ir al baño, así que ¡uta! ¡Ah! Mis amigos no sabían qué hacer. Salieron corriendo, dejando el cuarto apestando a mari. Entró el doctor hecho la madre, justo cuando las enfermeras ya me estaban llevando al baño:

—¡Doc, voy hacer popó! ¡Ay, ay!

Una oblea de caquita me salió, pero hasta el techo disparé sangre.

—¡Ya me lo desgració! —gritaba el doctor—. Mi culo, mi hermoso culo, me lo rompió.

Sentada en la taza del baño me vi un pedazo de carne y grité horrorizada, haciéndole segunda al doctor:

—¡Qué es eso! ¡Un pito! Quién le dijo, doc, que me lo pegara, que me transformara. ¡Ah, ah! Ya no soy mujer. Soy una transfórmer.

—¿Cuál pito? Es el recto que se le ha salido.

Pues a quirófano, a volver a meter todo lo que se había salido. No hay dolor que se le compare. Ni la golpiza que me dieron los agentes. Todo, en su contexto, duele, pero nada tan agudo como ese dolor. Peor que un parto en vivo y a todo color. No volví a probar un toquecito en un buen rato. Cuando me dieron de alta me recomendó el doctor:

—Regrese en seis meses para hacerle un pequeño arreglo.

—¿Qué, qué? Usted no me vuelve agarrar las nalgas ni porque me pague. Primera y última vez que desembolso para que me violen.

En realidad la operación ya era necesaria: tenía un racimo de puras almorranas. Dejaba los baños asquerosos de sangre. Creo que me salieron de tanto pujar, de tanto coger, de tantísimo esfuerzo. El día que iba a nacer mi hija, me hicieron pujar a güevo. Me regresaban a mi casa porque no tenía dilatación ni la fuente rota. Hasta que me indujeron el parto porque corríamos el riesgo de que muriéramos las dos. Todo por hacerle caso a mi mamá que no dejaba de decir que la fruta, de madura, se cae. Yo le creía porque no me dolía nada y sentía el movimiento del bebé. Una noche que estaba cortándome las uñas de los pies:

—¡Ay, ay!, mamá, me duele la panza.

—¿Mucho? Así empieza. ¿Sientes como que te jalan algo?

—Sí, pero no me duele como las que he visto en las películas. Viejas argüenderas por qué gritan tanto.

Llegamos al hospital y el doctor me dijo:

—Ve por ropa, y no cenes, porque te vamos a anestesiar y no sea que vayas a hacer una gracia.

—Ay, doc, me estoy muriendo de hambre. Aunque sea unos huevitos, algo ligero.

Me comí un platote de pozole y una torta; si me moría quería irme con la panza llena. Una nunca sabe. En el cielo no hay pozole. Para las operaciones soy muy culera. Me iban a hacer cesárea horizontal, eran de las primeras, me iban a agarrar de conejillo de indias. Me anestesiaron y tenía que contar del 100 para abajo.

—Ay docs, si no sé contar del 100 para arriba: 89, no; 99, 81,60,41, 36...

No me dormía. Me metieron tres inyecciones. Y yo feliz, en la chorchá, con los doctores. Después me tuvieron que amarrar porque ya adormecida juntaba las manos con la intención de coger mi estrella de David. Siempre la agarro cuando me angustio. Con tela adhesiva me amarraron los brazos; no sentía que hiciera el mínimo movimiento, pero volvía a juntar las manos.

—Va a ser niño; tiene la cabeza de niño —decían los médicos.

—Es niña y se va a llamar Georgina —les decía.

Me abrieron la panza y salió muchísima sangre. «Dios mío, te encargo a mi hija porque yo no sé ni cuidarme.» Apenas la desflemaron, la niña se rió. No le dieron nalgada. Tardó en nacer porque tenía enredado el cordón. La enfermera, muy amiga mía, pidió una silla de ruedas para mí. No la quería, ni me acordaba que había tenido un bebé:

—¿Silla? Ni que estuviera paralítica.

Pero acabé sentándome en la que creí una silla normal, ¡y suelo! El golpe me recordó que había tenido una hija y quise verla en ese momento. El doctor desapareció y la enfermera me llevó al cunero, desobedeciendo las instrucciones médicas. Me fui caminando. Al otro día me la llevaron y le vi un moretón en la nuca.

Un día antes no le vi ninguno. El primer día la vi sin pelo; al otro, le vi demasiado. La vi coloradita y al otro, la vi prieta. No se parece a mí ni a su papá. Me parecía horrible, es-pan-to-sa. ¿Quiúbo, me la cambiaron, no? Chillaba la escuincla y se ponía prieta, negra; ut, hasta la aventaba, ¿qué es esto tan feo? No, no la aventaba nomás le hacía fuchi. A lo mejor me hicieron la bromita ¿no? Ahorita está divina. Es una morena preciosa.

El papá de mi hija y mi hermano David me pusieron cruces porque llegué al cunero caminando. Como a la una de la mañana, cuando ya se me había pasado la anestesia me empezó a doler horrible. No me dejaba inyectar y me pusieron el medicamento en el suero, con mucho trabajo me dormí. Al rato mi mamá me despertó:

—Fortuna, Fortunita, ¿estás bien? Pásate para allá porque en los sillones de plástico no puedo dormir, déjame la cama.

Me fui al sillón con el suero todo chueco y la aguja medio salida. Al día siguiente los pantalones no me cerraban, a pesar de que me habían fajado. Me maquillé y en joda me bajé a ver a mi hija. Entré a la cafetería y pedí huevos estrellados a la ranchera. El doctor que me había atendido encontró a mi mamá en mi lugar. Empezaron a vocear mi nombre. El doctor me dijo que no anduviera chacoteando con la panza abierta. Tenía 19 años. La herida me cerró perfecto; se me nota más la cicatriz del apéndice que la que me dejó la cesárea.

Los doctores de la cárcel me aseguraron que podían adelgazarme las cicatrices. En realidad, ya lo estaban, hasta tenían el mismo color de mi piel; no me explico cómo demonios me fui a dar en la madre otra vez. Cualquier remedio que les pedía a los médicos de la prisión me lo daban por debajo del agua. A mí o a cualquiera de mis amigas. No les pagaba y ellos lo hacían para practicar. A veces sin los instrumentos adecuados. Una vez les llevé a una vieja para que le quitaran un tatuaje; se lo borraron y le quedó una cicatriz que apenas se veía. Le arrancaron la piel y se la cosieron, yo quedé maravillada:

—¡Ay, qué padre cirugía hacen en Tepepan Beach!

Y ahí voy de caliente a pedirles que adelgazaran aún más a mis delgadas cicatrices. Me operaron sin quirófano ni anestesia general. Ahí, otra vez, sentí la presencia de Dios. Le pregunté al doc que si sentía la divinidad, y él me contestó que sí:

—Alguien me está agarrando las manos, si es Dios déjese. Jesús está operando.

—Veo a Dios, no a Jesús. Veo al Señor Dios Todopoderoso.

Los focos estaban apagados, pero el consultorio se sentía aluzado. Un doctor entró hablando cuando me estaban abriendo. Le pedí que guardara silencio porque la presencia divina estaba presente. Si no, ¿cómo te explicas que te abran con un bisturí y ni te muevas? Cuando ni siquiera permito que me inyecten. Esta vez ni los piquetes sentí, de lo concentrada que estaba en mi onda yogui. Después la doctora me comentó que sintió mucha paz y armonía. El doctor cree en la gente como yo porque su mamá

es psíquica. En la cárcel me volví muy perceptiva. Aquí afuera no lo soy tanto. En la prisión un médico me pidió que le leyera la mano. Le leí la izquierda y le comenté:

—Veo muerte.

—Sí, la semana pasada se mató mi esposa en un accidente.

Todos se quedaron sorprendidos porque nadie lo sabía.

Desde antes de salir de la cárcel vi negro a México, vi sangre y llanto... Vi todas las cosas que han pasado. Soñé y sigo soñando guerras, muerte, tristeza, melancolía. Algo grande va a pasar en México. Hay que almacenar todo porque se va venir algo grueso. Mis poderes extra sensoriales me lo avisan.

Los únicos pecados que he tenido en esta vida, que considero graves, son cuatro: 1) Ser mariguana. 2) Cobrar por hacer el amor. 3) Ser mala madre. 4) Ser mala hija. Con eso, es mucha cruz. Son tantas mis cruces que ya parezco el cerro del Calvario. Y no sólo las cargo sino que vivo crucificada, sufriendo el martirio de que nomás pumpum y ya. Ni-me-fa-jan. Está difícil que me besen y acaricien con amor. A veces soy una simple compañía que soporta ser usada sin que la cortejen; y cuando eso sucede no me queda más remedio que actuar. Soy una excelente actriz. Le hago al cuento y a la novela, y les invento que son lo máximo: poesía pura. En realidad quisiera tener una varita mágica para hacerlos desaparecer en cuanto eyaculen. O tener una alfombra mágica para salirme por la ventana. En qué los distraigo; ni modo de que les platique mis memorias. Que compren el libro, ¿no?

Me gusta que me traten con amor, con pinzas, con *filing*. Como si se dispusieran a hacer el acto más hermoso de su vida. En ocasiones, por ganarte una lana, soportas los humores más asquerosos. En realidad es raro que puedas evitarlos, como la vez que un negro me estaba enseñando a surfear: «¿Qué se sentirá cogerse a esa escultura de ébano?» Y papas, ahí en el mar, sabrosamente lo hicimos parados, nadando, flotando... Cuando acabó la clase, él por su lado y yo por el mío. Y lim-pie-cita. Qué cachondo es el mar. La brisa, la humedad... Por eso me encantaba ir a Miami, donde tenía mucha amistad con Virginia. Nos conocimos muy jóvenes en una casa de mala nota. Ahorró y se fue para allá a instalar un lupanar de categoría, donde siempre fui bienvenida. Una vez me llamó por teléfono para desearme feliz año nuevo y me oyó muy triste. Le conté que mi marido me había golpeado salvajemente en el Lienzo Charro. Ay, ¿cuándo un hombre me va a querer con la misma adoración que le brindo? Aunque a veces los chiqueos me irritan. Si viviera con hombre tendría que levantarme muy temprano, ponerme una bata, bañarme y hacerle el desayuno... *Oh, my God! What a horrible thing!* Prefiero tomar clases de tango. Ya no estoy para eso... Hace poco recogí un cachorro de la calle y lo regalé. Sufro la impaciencia del ermitaño. Virginia me convenció de que me fuera a pasarme una temporada con ella. En Miami me recibió mi gran amigo Eddy, me esperaba con los brazos abiertos y con una bolsa que contenía una roca de coca envuelta en papel aluminio —para aislarla de la humedad; si se moja, se evapora—. Él era el dueño del Tropicana de Miami.

Mis primeros 1,000 dólares él me los dio, a escondidas de Virginia, quien se quedaba con la mitad de mis ingresos. En su casa yo trabajaba por hora y con un aparato al cinto; un artefacto que detectaba los orgasmos:

—Ya, párale, ya te veniste. El aparatito no miente. Tu tiempo se ha terminado.

Si se pasaban de la hora te daban otros 1,000 dólares.

Virginia no me dejaba fumar. Primero por la buena y después a la brava me arrebatava los cigarros de la boca. Durante las primeras semanas de mi última estancia no podía salir de la depresión y sin fumar y sin mota, menos; me faltaba mi gasolina. Sólo había coca. Llegué a pesar 39 kilos. Virginia se enojaba conmigo porque era exagerada mi delgadez. Ella se metía enormes cantidades de coca; pero trabajaba muy bien. Y yo, por más que me esforzaba, no daba todo lo que podía dar.

En esa ocasión, Eddy me regaló una moto, una Kawua, porque Virginia le había comentado que cuando llegara a México le preguntara a cualquier motociclista por mí. Era muy espléndido; por cualquier pretexto me regalaba 10, 20 mil dólares. Yo le pedía que me dejara caer los dólares, como el agua, en un delicioso baño de dinero; muy recomendables para la salud. Una vez tuvo el detalle de invitarme a 15 *beach boys*. Me los fui chiquiteando de dos en dos y a lo largo de una semana. Más de dos ya es fiesta y agasajo entre ellos. Eddy me sacó de la casa de Virginia y me puso un departamento a mi nombre. Eso terminó por levantarme el ánimo y me regresó mi alma de negociante. Le propuse asociarnos para comprar una casa que fuera la sucursal de Madam Fo. Regresé a México y reabrí la casa matriz. El gusto no me duró mucho porque al poco tiempo me apresaron. La casa de Miami se quedó a cargo de Eddy. La de México ya no pudo trabajar; no había quien la atendiera.

De entonces acá ya pasó un buen; ahora déjame contarte de mi presente en la Zona Rosa. No vayamos más lejos, veamos mi itinerario de anoche. Llegué al Angus y empecé a beber Appleton. A mi lado se sentaron unos señores y me puse a platicar con ellos copa, tras copa. Después me fui a hablar por teléfono y di varias citas para mañana. Tengo meses sin teléfono; como lo había conseguido chueco, un día amaneció muerto. Y más muerta estoy yo porque es la ruina vivir incomunicada en este negocio. Aunque les doy el teléfono de mi mamá, nadie me habla. Me salí del Angus y un señor me siguió para preguntarme que a dónde me dirigía —acostumbro dejar mis cosas y mi copa en el mostrador y salirme a dar un *tour*—. Le respondí que al Aristos y me acompañó; ahí se encontró a unos amigos y les dije:

—Aquí se los dejo, cuídenlo bien, no me lo anden dejando solo porque anda desnortado, no sabe para dónde jalar.

De ahí me pasé al Perro Andaluz y saludé a los cuates. Luego me fui al Chato's y subí a ver quién estaba en el piano bar. No reconocí a nadie, pero como estaban tocando una pieza muy bonita, me jalé a un tipo que estaba solo y lo saqué a bailar. Se puso tan feliz que me regaló 80 pesos. Todo esto sucedió en menos de 10 minutos. Regresé al Angus y me tomé otras dos copas. Me salí y me encontré al que me había regalado los 80 pesos y me preguntó en qué hotel estaba. Le respondí que en el

Aristos, me acompañó y le pedí para mis viáticos; me respondió que sólo traía 10 pesos. Papas. Cuando llegué al hotel, se los di al portero. Entré al bar y me fui a disculpar con mi amiga la que canta. Porque cuando estoy ahí tengo que estar a las vivas y no puedo ni voltear a verla porque me comen el mandado. Apenas nos habíamos sentado, cuando dos meseros se acercaron a saludarme muy amables; eran los mismos que tres semanas antes llevaban a rastras a un muchacho que yo había levantado la noche anterior. Iba como santocristo. Grité horrorizada y me acerqué a limpiarlo con una servilleta. Lo acababan de asaltar. Lo acompañé a su cuarto, el mismo donde esa mañana yo había amanecido. Lo curé, lo bañé y lo dormí. Al día siguiente lo acompañé al banco y no pudo conseguir dinero en efectivo. Él tenía cubiertos los gastos del hotel por dos días más, pero ya no tenía un centavo. Le presté dinero, el que me había pagado. Nos habíamos conocido en el bar, el muy desfachatado se acercó a invitarme un toque:

—¿Te quieres dar un *gallo*? De la mejor de Chihuahua.

Era un norteñote, sanote... Para no hacértela larga, terminé hospedándolo en mi casa. Le pagué comida, pasajes, le lavé su ropa... Me salió lo samaritana. Anoche me dormí temprano. A gozar mi cama. Condenado norteño, tan grandote, que apenas me dejaba un lugareño. No me quejo. Cogía divino. Tenía una... que ¡jijole, Chihuahua! ¡Arriba el norte, ajúa! Cof, cof, cof. Estoy fumando como chacuaco. Quién sabe qué será un chacuaco, pero deben de fumar bien harto. Un día mi organismo se va a cansar, qué aguante tengo, es increíble. Anoche bailé, tomé como si fuera a acabarse el mundo y ni sudé.

Estoy contenta porque mi mamá me encontró un departamento más amplio que éste. Tiene teléfono, planta baja. Pero también un montón de defectos: son 32 departamentos, un demonial de niños; todos juegan en una cochera, entre nubes de humo. Está en una esquina, sobre eje vial; a cada rato están chocando. La única ventaja es que a cualquier hora hay taxis. Aquí no. Después de las diez hasta los mismos choferes me andan dando en la madre. Tal vez si me fuera a otro lado subirían mis ingresos. Cualquier cliente se sentiría más tranquilo si me dejara en la Del Valle, que aquí, donde hay tanta gentuza. Hasta ni parece que salí de la cárcel. Yo que siempre odié a los nacos, a los indios, a los pobres... ¡Uta, pa mis pulgas! ¿Pisar un mercado con zapatos nuevos?, ja. O salir a estas calles con peinado de salón, uñas nuevas y toda coqueta. En la cárcel vivía mejor, dorándome en los saludables rayos del sol de Tepepan Beach. Los amigos que han vuelto a verme me preguntan:

—¿A dónde vamos? ¿A tu casa?

Tengo que decirles:

—Ya no vivo en la Del Valle. Vivo en Santa Fe.

Cualquier pendejada me dicen, pero ya no me traen. Infinidad de taxistas me han dejado en Revolución o Patriotismo, difícilmente entran aquí de noche. Hazme favor. A mis clientes, antes de que se bajen del coche les digo:

—Te sales rápido. Pones la alarma y te metes al edificio de inmediato porque te

pueden asaltar.

Antes, no le tenía miedo a la calle, pero qué puedo hacer si me sale una pandilla de drogados. Todo mundo anda aquí hasta atrás. Los vecinos me cuentan historias terroríficas de una banda llamada Los Panchitos, que en plena luz del día, allá abajito, en las Paralelas, te quitaban el coche y la vida. Yo que estaba acostumbrada a salir en la noche, cuajada de brillantes exagerados. Me gusta el oro, puedo traer hasta ocho anillos llamativos. Y nunca me pasó nada, andando drogadísima y nunca perdí. En cambio, vengo aquí acompañada de tipos grandotes y me dan a guardar sus alhajas. Ando mortificada, cuidándoles el Rolex como si fuera su mamá. Y esa confianza vale más que el oro. Tiene muy mala fama este rumbo. Un tipo me dijo que prefería regalarme el coche que traerme. Le hubiera tomado la palabra... No, qué va. Los hombres pueden ser muy generosos cuando andan briagos de placer y de alcohol. Al otro día, arrepentidos de su arrebato, te pueden acusar de ladrona. Por eso sólo hay que aceptar dinero y rechazar los cheques o los objetos. Casi nadie se atreve a pisar estos lugares y, para colmo, los taxistas también se pasan de lanza. La otra noche andaba perdida en el espacio y un chofer me metió al primer hotel que se encontró. Era joven y guapo y estaba desesperadamente ansioso. Me subió cargando tres pisos y me aventó a la cama. Reaccioné y le supliqué:

—Sí, sí, pero con condón, con condón.

¿Y crees que salió a buscarlo? Yo me salí por la puerta trasera. No me latió ese abuso de confianza. ¿Por qué la violencia, si los guapos no la necesitan? La otra mañana conocí a un muchacho bellissimo en la pesera. Y papas, pero me desilusionó porque no me gustan las cosas tan fáciles. Me hubiera gustado que hubiera un poco de romanticismo. No que de repente ¡pas!, sobre de mí, con una desesperación de quinceañero, desvistiéndome. Yo le decía:

—Calmado, soy tuya, no me voy a ir. Te vas a venir. Espe... ra... Te lo dije.

Me aseguró que tenía 29 años, pero se le veían 23. Me contó que estuvo en el bote cuatro años por matar a un güey.

—Cof, cof, me tengo que levantar temprano. ¿Tienes para el pasaje? Si quieres te presto.

Esos ligues no los hago por dinero sino por ansiedad y ancianidad. Un hombre de mi edad no me va a dar las vibraciones de uno de 23. Es carne fresca, pero tengo mis límites; no me gusta enseñar a los chamaquitos. Además, qué tanto se puede aleccionar, más allá de la variedad de lugares y posiciones, ¿qué más hay? ¿Hacer el amor en el Popocatepetl, colgados de un piolet...? Lo que en verdad quisiera aprender es a ser sarcástica. Toda la vida he sido autodidacta y no avanzo. Me urge un maestro que me dé clases de ironía. Si sabes de alguno dale el teléfono de mi mamá.

Hum. Las películas de terror ya no me gustan ni nada que rompa mi armonía. Creo no hacer nada malo. Mis actos inocentes no deberían ofender a mi familia. Tampoco les pido que entiendan mis logros. Si les digo que fui la mejor fichera del Quick, se mueren. Pero no cualquiera, por guapa que sea, consume 10 botellas sin dar

las nalgas. Tengo una hija, una madre, de qué me quejo: ¿que no me aceptan como soy? ¿Quién demonios se acepta a sí mismo, no digamos a los demás? Mi familia me quiere, pero no me acepta. Una madre desea lo mejor para sus hijos. Y más si es una madre recta, digna, hermosa como la mía. Lo menos que ella podía esperar es que sus hijos fueran positivos. No el demonio de hija que soy; aún así, me quiere. A pesar de todo, en la Tierra nadie me ama como ella, lo juro. Es lo único seguro que tengo, aunque a veces me mande a la chingada, como cuando me corre de su casa:

—¿Qué haces aquí? Ya lárgate: para eso te compré tu departamento. Aquí no es hotel para que vengas a comer a la hora que quieras... Pero ven mañana, vamos hacer chiles rellenos; te vienes temprano.

Oh my God! ¿Alguien entiende a mi madre? En buenísima onda le he dicho:

—Mamá, ven, siéntate a mi lado. Te voy a contar mis aventuras.

¡Ut! Se zurra cada que le propongo:

—Relájate, mamá, olvida tus pastillas para dormir. Fúmame un toquecín.

La bomba de Hiroshima no le daría tanta impresión. Lo mismo le digo a la tía Teté:

—Olvida tus pastillitas para las reumas, échate un toque.

Por eso, si hay una cena en la casa con toda la familia, los primos, hermanos, sobrinos..., todos me recomiendan que coma y que no hable. Antes, cuando llegaba a la tienda de mi hermano, me decía:

—¿Qué buscas aquí? Deja. No agarres. Vete.

—Manito, lo voy a comprar. Traigo dinero...

—Me vale madres, aquí no compras nada, no quiero salarme.

Lo apeno, sin lugar a dudas. Por eso quiero evitarle a mi hija el mayor de los dolores: que se avergüence de sí misma. Que ante sus propios ojos no valga nada. Una persona sin valor es una hereje.

Carezco de dignidad porque la he pisoteado como si fuera mis calzones. Soy real, cruda, mala, tengo defectos, como todos, pero mi hija está en formación y veo que le está haciendo a mi mamá lo mismo que yo le hacía. Y me da coraje. No soporto presenciar la manera en que le contesta a su abuela.

Cuando estaba en la cárcel soñé que Dios me anunciaba que saldría libre en octubre. Adoro mi religión, pero allá no tenía el apoyo espiritual de mi rabino; no iba a consolarme. En cambio un padre, sí. Hasta me bautizó en la iglesia cristiana. Lo acepté porque tengo mucha fe y pienso que Dios es el mismo en todas las religiones. El padre estaba muy contento:

—Ahorita, en el cielo, hay fiesta: un judío se convirtió en cristiano.

Y empecé a rezar con más ganas las oraciones de las dos religiones. Las de mi cuarto sabían lo religiosa que era. Todos los viernes me veían hacer Shabat. Respetaban la ceremonia, hasta bajaban el volumen de la tele para que yo pudiera rezar. Desafortunadamente no podía prender velas; están prohibidas desde que se incendió con una veladora el cuarto de una reclusa. Hablaba con Dios y le pedía que me permitiera oírlo, que me contestara claramente para propagar su mensaje. Quería saber si iba a salir a la mitad de mi condena o con las tres cuartas partes o si me iba a quedar los siete años. Que me contestara si cometería la tarugada de matar a alguien y, por lo tanto, iba a purgar una condena mayor. Todas las noches le pedía que se me manifestara durante el sueño. «Dios, el día que vea Tu rostro, sé que moriré; no importa, muerta seré feliz.» Más de un año se tardó en contestarme. Pues sí, tanta gente que le consulta sus aflicciones. Pero lo hizo. Y me oriné. Oí una voz de hombre hermosa, pura, limpia, fuerte, clara, amena... Cuando me desperté le dije a mi compañera:

—¡Perezosa, Perezosa, me habló Dios! —de inmediato se sentó y se limpió las lagañas—: Me voy en octubre, tú también —le dije a Silvana, la novia de la Perezosa, que ya tenía tres años esperando su traslado. Salí al pasillo gritando:

—¡Jefa, jefa, me habló Dios!

Regresé a ponerme mis botas, lavé los baños, hice mis aeróbics y con todas las que me cruzaba les comentaba:

—Me lo dijo el Jefe, en tecnicolor y en sonido estereofónico.

Y nadie me creía. La directora, menos que nadie:

—Nos vamos, yo y usted, a la goma nos vamos.

—Que Dios te oiga. Ya me tienen harta. Ahora ya vete... Pero para adentro.

—No, lic, déjeme platicarle. Dios me dijo que puedo tener buena alma, todavía,

que a mujeres como yo las exculpaba. Si a Magdalena le dio el avión, ¿por qué no me perdonará a mí, que doy puro amor?

—Te voy a mandar a inimputables porque estás loca. O te voy a apandar. Es lo que te estás buscando.

—Bueno, no me crea, pero hasta me voy a ir antes que usted.

Y así fue. Salí y a los tres meses salió ella. La renunciaron. Mi mamá, por supuesto, tampoco me creía. Mujer de poca fe. Cada que iba a visitarme le daba algunas de mis pertenencias.

—Hija, ni andes diciendo eso. Te van a llevar al psiquiátrico. Para qué me haces llevar tus cosas si al rato las vas a necesitar. Es muy difícil que salgas antes de siete años.

Desde que soy niña he rezado. Seré lo que sea, pero soy muy devota. Platico mucho con Él. Le hago fiestas. Por eso me gusta estar sola. Con Dios me puedo enojar o pelear, pero nunca desconocerlo. Y menos lo iba a abandonar, estando allá encerrada, tan dolida de haber perdido la libertad. De las cosas extraviadas la que más duele es la libertad. Tuve que pasar por la cárcel para entender que no puedo hacer mi santa voluntad. Que todo tiene sus medidas, su razón de ser. Aprendí a ponerme en sus manos: «Señor, no pude; verás Tú cómo desenredas esta madeja.» Aunque nadie lo crea, mis puterías se las entrego a Él:

—Señor, te entrego este sacrificio, a este hombre: mi dolor. Por ti.

La verdad, el placer se redondea con la lana que me dan... Ay, ya empecé con mis puterías y estoy hablando de algo muy decente... Conmigo no hay remedio. Parece que nada más he sido una mujerzuela toda mi vida. Qué mortificación.

Fui la más pequeña de 12 hermanos. La noche que nací se cayó el Ángel de la Independencia. En medio del temblor mi papá exclamó:
—¡Ay, Dios mío, nos nació Satanás!

Mis hermanos y yo hicimos todas las travesuras habidas y por haber. Teníamos una sirvienta que por las noches nos contaba historias espeluznantes, donde abundaban los nahuales, las mataniños, las brujas, los ahorcados... En una ocasión, cuando la sirvienta estaba contando la leyenda del hombre lobo, me puse el abrigo de mink de mi mamá y pasé reptando entre las piernas de mis hermanos. Sus gritos se escucharon en toda la manzana. No querían regresar a la casa.

También nos gustaba bailar el taconazo al estilo Piporro en la cubierta de la enorme mesa del comedor porque se oía fenomenal el zapateado. Un día el grueso cristal se rompió y a todos les pegaron, menos a mí porque era la Pichicha.

Y claro, sufrimos pequeños accidentes como todos los niños. Como la vez que estábamos martirizando al gato: alguien le picaba el ojo, otro le mordía una pata o le arrancaba un bigote... Le dábamos vueltas agarrándolo de la cola y después lo aventábamos para verlo caer paradito. Pero un día el animal se nos soltó y se me clavó en la cara. Corrí por toda la casa con el gato clavado en la mejilla.

Otro de nuestros juegos preferidos era brincar de cama en cama; una vez me falló el salto y me clavé un destapador en el puente de la nariz.

Digamos que éstos eran accidentes caseros, pero uno de los más serios sucedió una mañana que estábamos formaditos, esperando el camión —con nosotros se llenaba—; en eso pasó un tráiler, y mocos que rompe un cable de alta tensión que le fue a caer a mi hermano Moy en la cabeza. Se la partió en dos y el cable lo arrastró toda la cuadra. Salió mi mamá, le juntó el cráneo y se lo llevó a la 8.^a Delegación. Ahí nos adoraban, ya éramos clientes, por equis o mangas siempre íbamos ahí a que nos curaran.

Una de las travesuras más emocionantes sucedió una tranquila tarde en la que mi mamá estaba tomando el té con sus amigas, presumiendo a sus hijos, cuando de repente se oyó una explosión:

—¡David! —gritó mi mamá y salió corriendo.

Es que a David le gustaba preparar explosivos. El cuete había caído en una

fábrica de perfumes, donde había muchos conejos, necesarios para la elaboración de las fragancias. El cuete cayó sobre las jaulas y los animales se salieron. De pronto la calle se volvió un conejerío. Aparte de las explosiones, le encantaba hacer magias. Yo siempre era su ayudante. Somos muy parecidos.

Cuando mi papá salía del trabajo me chiflaba desde la esquina y yo salía a colgarme de su cuello. Entraba a la casa en sus brazos. Si mi mamá me golpeaba, le marcaba al teléfono de su trabajo:

—Papá. Mamá, pega.

—Pásamela. Ernestina, no toques a mi hija.

En ocasiones llegaba expresamente a defenderme. Mi mamá no me quiso por latosa. Un psiquiatra me dijo que ella me tenía celos porque mi papá me adoraba. La verdad es que yo era terrible con ella, le decía cosas realmente espantosas. En cambio, a mi papá le encantaba que yo fuera majadera. No quería ni que me diera el sol. Y yo también lo idolatraba. Por ejemplo, mi papá y mi mamá hacían pays; a él le salían horribles, pero yo prefería los suyos. Nos queríamos mucho. Por eso tengo su retrato allá en el rincón. No quiero que vea las cosas que hace su hijita. En el departamento de Amores lo tenía en la sala, pero también de ladito, para que le costara trabajo voltear. Con él sí me da pena. Aquel departamento era tan grande que podía coger en la silla, en la mesa, en la sala, en el fregadero, en la lavadora, en la cocina, en el baño... Uta, en el refrigerador no lo intenté.

La consentida de mi mamá es Irma. Una tarde, ya adolescentes, ella y yo fuimos con nuestros amigos de Satélite al cine Diana, y se me ocurrió comprar un kilo de fab Roma para echársela a la fuente de la Diana. ¡Ut, empezó a verse bien bonito! Irma y todo mundo compró sus bolsas de jabón y también las vaciaron. Llegaron varias patrullas a preguntar quién había provocado semejante desastre, porque la espuma ya bloqueaba Reforma y los coches estaban embotellados. Nosotros les respondimos:

—¡Sabe! ¿Tú viste?

En la casa mi mamá nos metió una santa friega. Bueno, a mí. A Irma no la tocó ni con la mirada. Quizás porque era muy enfermiza. Cuando estuve en la cárcel, mi mamá iba a verme una vez cada ocho días. En cambio, cuando Irma estuvo en el hospital, no se le separó nunca. ¿Por qué le da tanta atención a ella? A los quince años le dio coche y poco después le compró condominio. Siempre he estado muy celosa de mi hermana. En el fondo nos queremos, pero ha sido mala conmigo. Cuando me metieron a la cárcel se me perdieron muchas cosas que sólo ella sabía dónde estaban. A mi mamá se le desaparecieron las alhajas de su caja fuerte; sólo Irma y Mauricio saben la combinación. Ruth es la única que en las buenas y en las malas ha estado conmigo; todos los jueves, como manda, me iba a visitar. Me llevaba cosas bonitas, finas: mi tinte, mis uñas... Cosas que sabía que me gustan. Mi madre nunca me quiso bien. A mi hija la crió y la hizo igual que yo. A pesar de todo fui una niña muy consentida.

Después del fallecimiento de mi papá me dio por insultar a mi mamá; cuando ya

me iba a pegar, la hipócrita de mí le decía:

—No, mamita, ¿quieres que tu hija chiquita se te muera como se murió papito?

Entonces me perdonaba, pero yo regresaba a mis majaderías:

—Hija de la chingada, cabrona, ¿por qué no te mueres tú también?

—Ahora verás, te voy a romper esa boca.

—Si me pegas, me voy a morir y papá se va a enojar contigo y ya no te va a querer.

—Ya... Siéntate a comer.

La desarmaba. Una vez tuvo que amarrarme a la silla para obligarme a comer porque me negaba a hacerlo. Nunca me puso un hasta aquí contundente. No me eran suficientes los golpes que me daba con los ganchos que me rompía en los pies.

Mi padre nació en Turquía y era judío turco sefaradita. Mi abuelito fue ministro. Somos de sangre azul. Mi papá me enseñaba palabras en turco. La cultura turca tiene muchas restricciones para las mujeres: no deben usar el cabello corto ni descubrirse la cara, no usar faldas cortas ni pantalones... Mi papá les enseñó a mis hermanos a leer el café, la mano, los pies... Algo tengo de él. La primera esposa de mi padre era acapulqueña. Cuando parió a su último hijo, falleció y mi mamá recogió a sus hijos. Con mi mamá tuvo a cuatro más. Mis padres fueron muy felices; tanto que mi mamá, a sus 75 años, todavía no lo olvida.

A los siete años presentí que mi padre se iba a morir. Estábamos por salir de viaje cuando le comenté:

—Papá, te vas a morir a los 52 años.

—Hija, qué cosas dices: tengo 52 años y no me he muerto.

Nada más lo abrazaba y no quería dejarlo. Mi mamá y todos mis hermanos nos íbamos de vacaciones a Acapulco y mi papá nos iba a alcanzar allá. Cuando estábamos saliendo a la carretera mi mamá nos dijo que rezáramos la oración del camino, pero yo empecé a rezar el kádish, la oración de los muertos. Nadie sabe a qué hora murió mi papá, pero debió de haber sido cuando empecé a rezar. En Iguala, una tía que vivía en Acapulco localizó al camión y le dijo a mi mamá que se regresara porque mi padre estaba muy mal:

—¡Ya ves, mamá, se los dije!

Mi madre quiso regresarse en avión. Pero en ese pueblo raquítrico qué iba a haber aeropuerto. Decidió tomar un taxi. El señor se encargó de nosotros y de las maletas porque mi mamá estaba loca de dolor. Yo no dejaba de repetir:

—Te dije, má. Yo sabía que pá...

Si mi madre hubiera estado en sus cabales me habría callado de un cachetadón. Hubiera hecho bien porque yo no podía dejar de repetir mi cantaleta. Cuando llegamos y vimos entrar a gente vestida de negro a nuestra casa, mi mamá gritó el nombre de mi padre. Entró a la sala y mi papá estaba tendido. Se desmayó y la metieron a su cuarto y ya no quiso salir. Yo quería verlo, pero cuatro hombres me lo impidieron. Con dificultad me llevaron a la casa de una amiga y ahí me dejaron hasta

que lo enterraron. Después de un mes, mi mamá salió a la calle. Lo único que tomó en ese tiempo fue café y pastillas para dormir. Agarraba los sacos de mi papá y los besaba. Me veía a mí y chillaba, me decía:

—Pichicha.

Cuando murió mi padre, empezaron a surgir las rivalidades entre los medios hermanos. Ya existía, pero se hizo sentir más. Los hijos de mi padre decidieron irse:

—Ya murió mi papá, ya no tenemos nada que hacer aquí. Que la señora siga adelante con sus hijos; nosotros ya somos grandes y somos una familia.

Mi hermana Ruth, la más chiquita, no se quería ir. Con engaños se la llevaron y mi madre se quedó muy triste. Se resignó, se enorgulleció y nos sacó adelante vendiendo ropa. A todos sus hijos los casó —hasta a mí— y les puso negocio. Mi papá dejó intestados sus bienes. Unos tíos le quitaron todo a mi madre. Eso no impidió que me pagara buenas escuelas judías. Tuve las mejores calificaciones; no tenía que abrir los libros para estudiar; con lo que aprendía en clase era suficiente. Una maestra que me adoraba, sabiendo que no daba una en matemáticas, me sentó en su lugar y me puso el examen enfrente, pero ni copiar sabía, no tenía malicia. A veces me arrepiento de mi honradez porque me han llegado hombres floreados de oro y gemas. He entrado a casas y no he podido salir con algo. Dios no me hizo ratera. O pido permiso:

—Me voy a robar un cenicero.

Soy una ratera muy comunicativa. Ayer, un amigo me prestaba su motocicleta y le di las gracias:

—Me subiré cuando tenga para pagarte el putazo.

Me muero de ganas por treparme a una moto, pero soy responsable. Ahora me llaman para aventarme de un sexto piso, pero por 2,000 pesos no me lanzo... Si un puente peatonal me da vértigo. Te digo, ya ni fe me tengo. O quizás la tristeza me inunda porque mi hermano David tiene cáncer. Le descubrieron un fibroma de ocho kilos en la panza. Gracias a Dios, a mis rezos y a los de mi madre, se le ha ido bajando con la quimioterapia. Mi hermano ha vivido mortificado porque piensa que por su culpa fui a dar al bote. Para limar esas asperezas, día y noche me la pasé en el hospital. Entraba y salía a la hora que quería aunque la vigilancia es tremenda. Todos los visitantes escondían la comida, pero yo entraba con una torta y un refresco para él. También le llevé un capítulo de mis memorias. Así que apúrale a terminarlo, porque no vaya a sella de malas y se muera antes. Bueno, lo vi tan mal que le llevé a un sacerdote.

—Pero si soy judío.

—Sí, manito, pero estoy muy asustada y quiero que platiques con alguien que tenga una palanca con el Jefe. Tú hablas mucho de Dios desde que estuviste 15 años en Alcohólicos Anónimos.

No lo convencí. Decentemente le pidió al padre que se retirara.

—Tú también, Fortuna, ya vete, por favor. Te pago el taxi.

—No. No me voy a ir. Lo dices por nervios. Pero no te voy a dejar. Me quedo en un rincón. Ni voy a hablar. Déjame quedarme para rezar.

Pero él no podía ni dormir sabiendo que ahí estaba.

—Cálmate, manito, no me voy a comer al hospital ni a cogerme a los doctores.

A un lado de él había un enfermo de lupus. Lo miré detenidamente y salí a decirle a su mamá:

—Señora, su hijo se va a morir esta noche. La acompaño a rezar.

Al otro día, en efecto, amaneció muerto. Entusiasmada, le dije a David:

—Manito, ya no tienes al señor que se quejaba. Ya se murió. Ahora sí vas a dormir tranquilo.

—Asesina, mataste al compañero.

—¡Ay, Dios mío de mi corazón, David! ¿Cómo te atreves a decir eso? Lo único que hice fue rezarle, porque de plano lo vi muy mal.

—Pero, cómo es posible, si tenía ocho años enfermo... Le rezas y...

Al rato se calmó y, como se había quedado solo en la habitación, me mandó a su casa por su tele y varias cosas más. Regresé con lo que me pidió y me amenazó con llamar a seguridad para que me corriera porque yo era una ex convicta. Pues sí, ¿no? Y eso lo seré siempre. Pero a la gente le asusta la palabrita. *Ex convicta*. Suena horrible.

—Aunque me corras, voy a regresar. No tengo orgullo.

Pero ya no voy porque vi que se ponía mal. No tiene caso, si no lo voy a ayudar, tampoco quiero perjudicarlo. Aquí, en paz, rezo por mi hermano. La bendición del Señor llega a donde sea, si se hace con fe. Toda la vida David ha querido meterme a Alcohólicos Anónimos. Una vez andaba hasta la madre, tronadísima, y pensé que debería tomarme unas vacaciones, ¡y órale que me meto! ¡Ay, peor que la cárcel! Prefiero el bote que la doble A. Los colchones olían asqueroso y tenían tlaconetes, pulgas, piojos, chinches y otros animales que no pude reconocer. A los cuatro días fuimos a una granja en Xochimilco y me les escapé. En la cárcel así debería ser: tres días sin tragar y cuando ya te estés muriendo de hambre que te den un pedazo de jamón en un plato de frijoles quemados y agrios. Que pidas ir al baño y que te obliguen a cagarte donde estés. Que te encierren en un chiquero donde tampoco puedas bañarte... Los de doble A hacen todo esto para que valores las comodidades que tenías. A lo mejor estando peda cualquiera puede zurrarse y miarse y no bañarse en días, pero lo horrible es hacer lo mismo sin estar borracha. Allí hacen que te embarres para que toques fondo. Pero, ¿qué necesidad tenía yo de conocer la cárcel?

A lo mejor para fondear y aliviarme.

Recientemente fui a un centro nocturno porque la quería hacer de vedet y, a la hora de la hora, no pude. Quizás porque las mujeres que se suben al escenario ni cantan ni nada, pero tienen una picardía que a mí me falta. No me gusta cucar a la gente: excitarla... Lo feo de este negocio es que te traten como objeto, que tengas que doblar tu orgullo y dignidad. Fingir que eres una estúpida. Las prostitutas somos a toda madre mientras no nos traten como tales. Precisamente porque sabemos quiénes somos, hemos olvidado la dignidad. Debemos tener mucha capacidad extrasensorial para que no nos amartillee y nos rompa la madre la putería. Ser piruja nos obliga a desconocer los límites y adquirimos la capacidad de vulgarizarnos. Debemos ser capaces de todo, incluso de dejarnos madrear, con tal de conseguir plata. Traigo el tema a colación porque ahora estoy trabajando en un bar, cantando. Le caigo bien a la dueña o me tiene compasión. Me dice que para algo he de servir y ahí me tiene. No me gusta ese ambiente. Debo de estar como perro en busca de cliente para ficharlo y permitir que me manosee. No hay ni un minuto de receso. Termino muy cansada y pedísima. Por las cuatro canciones que canto gano 100 pesos diarios. Lo único bueno es que ahí tengo más protección que en la calle, y más para mí, que soy pre liberada. Trabajo los lunes, miércoles y viernes. A todo el que se me acerca de inmediato le pregunto:

—Mi amor, ¿te vas a sentar aquí? ¿Traes 1,500 pesos libres de polvo y paja? Si no, no me hagas mosca; vete, por favor.

Eso les digo cuando siento que no traen ni para cigarros. Y me ha resultado, pero hay otros que me han cacheteado con guante blanco:

—Sí, aquí están los 1,500; toma 1,000. Luego nos vemos. Tú te lo perdiste.

Se levantan y se van. Me dieron a entender que hubiera tenido más sin necesidad de pedir. Pero si ando aquí y allá provocando como una zorra, es obvio que debo hablar contante y sonante. Aunque, fíjate, que la plata ya no me apura tanto y eso me hace estar en paz. Ya que no puedo tener la felicidad constantemente, me la doy como puedo, sin mayores complicaciones. Aunque ojalá pudiera recuperar la tranquilidad que tenía en Tepepan, donde sentía que caminaba en el aire. Aquí afuera se me perdió la esencia.

Los días que descanso me pongo mis mascarillas y bolsas de plástico con hielo. Y

voy al dentista. Tengo un hermano que es odontólogo, pero no quiere que pise su changarro. El que ahora me atiende se llama Chucho y tiene su consultorio allá arriba, en la colonia El Paraíso. Una noche me empezó a doler endemoniadamente la muela, y aunque me di mis cocazos, seguí sufriendo. Me tomé una pastilla para dormir y me tranquilicé. En la mañana fui a tomar agua:

—¡Ayyy! ¡Mi muela! *Help!*

Gritaba tanto que dos vecinas me llevaron al consultorio.

—Quítemela, doc, le doy las nalgas, pero quítemela.

El doc Chucho ya no sabía dónde meterse porque ni me conocía.

—En efecto, hay que sacarla. La voy a inyectar.

Uta, le hice un tango al pobre. Lloré como mártir. Extrajo la muela y nos pusimos a platicar. Me dijo que mis dientes estaban muy flojos. Yo le pedí que me los quitara:

—Deunvez déles cran a todos.

—Poco, a poco. Como la fruta podrida.

—Doc, no hable así de mis dientes. Mi boca lo puede llevar al paraíso. Digo, a uno de verdad, no el que tiene por colonia... Usted no sabe lo que este hociquito gana.

—Si gana lo mismo que como habla, ya me imagino.

—Ay, me extraña que usted no sepa para qué sirve la boca. Ahora que viéndolo bien, somos colegas. Usted gana dinero curando bocas desesperadas. Y yo uso la boca para curar la desesperación. Y ganar dinero, claro.

Mejor la doctora, su hermana, se moría de la risa que él. Regresé deprimidísima y no quise saber de nadie en tres días. A veces Chucho se ofrece a traerme a mi casa. Siempre pienso que ya me va a presumir su coche nuevo, un Mystique, pero cuál, me vuelve a subir al triste vocho. Hace poco le hablé para agradecerle todo lo que ha hecho por mí:

—Colega, ¿ya llegó su esposa? ¿Ya regresó de su viaje?

—No.

—No esté tan solito, véngase, le hago compañía un ratito.

—Mañana voy a las diez.

No llegó... Es buena la gente que me rodea. Las he ido conociendo y ya se me quitó la impresión que tenía de ellos. Son nobles y trabajadores como el doc.

¿Qué te estaba diciendo? Ah, ya, que cuando descanso me pongo bella y me voy a La Escena. Me gusta el ambiente y el que canta me trae pendeja; él es para mí una ilusión. El día de mañana ya no voy a poder hacerla, pero voy a vivir del recuerdo. Recordaré que en ese restaurant, a mí, a la señora Faik, me querían y me respetaban como a una señora. No sé, tengo el presentimiento de que algo va a pasar. El caset que estamos escuchando es de él. ¿No canta divino? Su voz es muy sensual. Por supuesto, no me hace ni el más mínimo caso. Ni quiero que me lo haga; si nos comemos estoy segura que nos dejaríamos de hablar. Así somos los humanos. Me puede pasar lo que me sucedió con el paisano, al judío que me encontré; ya no le

volví hablar. A mí no me va a marear. Me cayó gordo que me propusiera matrimonio y me asquearon sus aires de santo. Si hubiera llegado más honesto, me lo cojo. Un paisanito, ¡qué rico! Pero a la comunidad le escandaliza que haya una judía mundana como yo. Su horror es tan grande que falta poco para que se persiguen. En tiempos de la Santa Inquisición apedreaban o quemaban a las perdidas. Qué bueno que nací en esta época, donde hay armas que matan rápido como el rayo láser. Pero de todos modos, me voy a morir pronto. No soy longeva. Moriré de un paro respiratorio o por desesperación de mi mente. Si no estoy concentrada en algo, me altero. A lo mejor me encanta ir a La Escena porque ahí me siento muy relajada. Ahora es mi lugar de operaciones porque ya no puedo entrar al Sevilla Palace; allí duré seis meses. Hace tiempo que Alondra me cortó; ya no quiso que saliéramos juntas. Supe que se quiere retirar del negocio. Piensa hacerse cirujía; se va a casar y no quiere que la reconozcan.

En el bar donde estoy trabajando, por cada copa que el cliente consuma me dan una comisión; aparte, él paga mi bebida. Un anís sale en 45; un XO en 120. Pero a mí me sirven Coca Cola y al cliente lo hacen pendejo y a mí también, de pilón. Es normal que un hombre te pague la cuenta. Aquí en México es lo más natural, bendito sea Dios. Si consigo cliente, salgo por la mínima cantidad de 1,500 hasta 2,000. Las artistas se van por 4,000 o 5,000 pesos. La mayoría de la clientela es naca. Si un hombre es feo y humilde, pero guapo, adelante. Pero si es un millonario naco, no me voy. Me gusta que me traten, en ese momento, como lo máximo. Aunque vaya gente bien, ahí se vuelve naca. Necesito estar muy prendida y sentirme muy degenerada para que me gusten los pelados. Esa clase de hombre que no te pide permiso, que le ves el fuego en la mirada. La desesperación. El deseo. El júbilo. La promesa de que vas a tener una rica venida. Revolcarme de vez en cuando con pelafustanes no me ha convertido en una naca, gracias a Dios. Por cierto, ¿sabías que los hombres más ricos e inteligentes buscan mujeres únicamente para conversar?

Hum. Hoy no quiero platicarte mis aventuras. Estoy preocupada por mi hija. Voy a hablar con ella, a calzón quitado. Te pido que me escuches, no me interrumpas. Haré de cuenta que estoy hablando con ella:

Me dices, hija, que cuando me has necesitado no he estado a tu lado. Es cierto, pero cuando te he extendido los brazos me has dado la espalda. Te he afectado, pero más te ha perjudicado la familia porque te han puesto en mi contra y, aun así, me quieres. Quisieras darme de besos pero prefieres agarrame a gritos y enojos. Ahora que estás grande, me gustaría que fuéramos de aquí para allá. A lugares donde asiste la sociedad de buenos modales. Te puedo dar clases de personalidad. Brindarte diversión y cariño... De ti puedo aprender los conocimientos que ya se me han ido borrando. Bien sabes que no permitiría que alguien te faltara al respeto; aunque siempre habrá quien quiera comerse a la hija también. Contra un hombre no puedo pelear, pero soy caldo de otra sopa y conozco algunas mañas para desquitarme. No necesito andar rompiendo hocicos para ponerlos en su lugar. Quiero enseñarte a aullar

porque donde yo ando, andan los lobos. Vivo rodeada de ellos. Soy la única persona, no lo olvides nunca, que eternamente será tu amiga. Dejé de ser millonaria, lo sabes, y perdona que ya no quiera acrecentar lo que tengo porque ya no deseo sufrir ni sacrificarme más. Te quiero remarcar, e-xi-gir-te que corrijas de inmediato tu vocabulario, con puros *chingados* hablas. ¿Qué te pasa? Cómo puedes hablar igual que yo, que soy una vieja de 37 años con una carrera loquísima: 20 años de mariguana, tres millones de hombres, 300 mil litros de alcohol, toneladas de droga. ¡No jodas! Fui a tu fiesta de cumpleaños para ayudarte a que fuera un éxito, ¡y me salí porque no aguanté a la mugre raza que invitaste! ¡Yo! Que trabajo en el Quick, que soy lo peor, ¿cómo ves? Con razón te está ladrando la familia y hasta la sirvienta. ¿Qué caraja madre vas a aprender de esos nacos? ¿Te gustan así? Entonces, siquiera, búscatelos guapos. Pero nacos, nunca. A mí me adoran en muchos bares, podría meterte de mesera. De jodida podrías ganar dos o tres mil mensuales. Y si te pones viva, estudias tu carrera. Ya sé la opinión de tu abuela: «¡Ay!, no la he mandado a estudiar para que termine de mesera. O qué, ¿ya quieres putear?» Pues mira, sí. De que andes de loca, dándoselas gratis a esos nacos, mejor te pongo a trabajar... No. No es cierto. Lo digo de coraje. No quiero que pases por donde yo pasé. Conoces mis fallas, no las repitas; aunque sé que nadie experimenta en cabeza ajena, no quiero que un día llegues a sentirte triste, devaluada. Te avergüenzas de mí, lo sé, no me importa. Lo que realmente me interesa es que no vayas a avergonzarte de ti. Tú eres la razón de mi existencia. Yo ya me hubiera dado cran desde hace mucho. Dejemos de decir de una vez por todas: «No me acerco porque ella no se me acerca.» Te juro que lo peor que me puede pasar en la Tierra —así me encarcelen y me atropellen los judiciales y el resto del mundo me escupa—, lo peor, te digo, es que me rechaces. Que me insultes. ¿Acaso no sabes que me negué a darte un padrastro cuando eras niña? Me casé hasta que estuviste grande. Y me salió el tiro por la culata. Tanto me sacrificué para que ahora no sepas escoger tus amistades. Cada que voy a tu casa son problemas. Me regañan. Me matan. Envejezco tres años. Llego a mi casa y duermo tres días para rejuvenecer. Regreso a la tuya y en dos horas siento mi cara reseca, entristecida. «Señor, son mi sangre, lo que más quiero, ¿por qué me siento así?» Para mi madre, tu abuela, no he crecido. Siempre me está callando. Reprochándome. La entiendo, pero tú, hija, acéptame. Es lo único que te pido.

Tres encierros he sufrido en mi vida: en alcohólicos, en la cárcel y en el manicomio. Allí me internaron cuando no me funcionaba el lado derecho de mi cuerpo. Mi mamá se lo achacaba a la droga, pero en ese entonces no le hacía; estaba dedicada a mi trabajo de vendedora, en una agencia de autos. A mi mamá le parecía raro mi empleo y le inquietaba que anduviera súper arreglada. Mi enfermedad iba aumentando y como no hallaban una explicación convincente, mi hermano y mi mamá me llevaron con engaños al manicomio. Me instalaron en un cuarto muy bonito y con enfermera particular. Mi familia iba a verme cada quince días.

Una tarde descubrí un túnel, como de la edad media, húmedo, frío... Al final había unas cuevas de ladrillo y el suelo estaba cubierto de arena y su cuarta pared era de barrotes. Parecía la cárcel de un castillo. Las locas estaban encueradas, frenéticas, golpeándose a sí mismas. Había locos encadenados a la pared o atados a las camas. Sus cuartos no estaban acolchonados sino que eran de piedra y paja. En uno de esos paseos vi a una joven que estaba amarrada a su cama; a un lado de ella había un chavo tétrico con una operación en el cerebro, que le metía el dedo a la verija de la chica, quien por momentos parecía desesperada. Quién sabe si de dolor o placer. Traté de separarlos y el chavo me aventó. Los doctores llegaron a quitarlo.

Ahí conocí a Luciana, una joven muy humilde, medio loca y que le administraban electrochoques. Cuando a Luciana le tocaba su tratamiento, me quedaba afuera de la sala, oyendo sus gritos aterradores, de moribunda. Salía morada como cadáver. La llevaba cargando hasta su cuarto.

Como al principio no me daban pastillas, tenía toda la energía del mundo. A las seis de la mañana levantaba a todas las internas para que hicieran yoga. Ahora sí que traía locas a las loquitas. No me daban medicinas porque según el diagnóstico del Jefferson, mi enfermedad era psicológica, progresiva e incurable. Entre más enfermas miraba, más les decía a los doctores:

—Yo no estoy loca. De loca no tengo un pelo: sé sumar, restar, multiplicar. Soy nerviosa, sí, pero no me azoto como ellas.

En ese hospital había un doctor que violaba a las pacientes en su consultorio. O les pedía que le agarraran su cosa. Un día me quiso hacer lo mismo y lo denuncié; a

mí sí me creyeron y lo corrieron.

En mi pabellón estaba Amalia, una señora embarazada que acostumbraba aventarse de panza al suelo. Cuando ya le faltaba poco para dar a luz, la amarraron a la cama. Cerraban los pabellones a las ocho de la noche y no se abría hasta la mañana siguiente. Por ese entonces ya me daban 16 pastillas al día. Todo el tiempo me sentía drogada; duraba cinco minutos despierta y diez en el suelo, desmayada, porque no quería comer. La cocinera me compró un biberón y me llevaba Gansitos. Una noche Amalia empezó a quejarse. Después escuché balbuceos de bebé:

—¿Amalia, ya?

—Ya, güera.

Intenté bajarme de la cama pero me caí porque era muy alta. A rastras llegué a su lado; le quité las sábanas y ahí estaba la criatura. Le quise cortar el cordón con los dientes y no pude. Me dio asco. Miedo. Grité:

—Doctor, enfermera, ya nació el niño de Amalia.

Tiré jarras, platos, hice mucho ruido, pero nadie vino. A las siete de la mañana abrieron el pabellón:

—Desgraciados, malditos, si me hubieran hecho caso la niña no hubiera muerto.

—Salte o te bañamos con agua helada.

Amalia estaba ida. Me dolió mucho, tanto, que a los pocos días me escapé sin importarme que estuviera en camisón. Pedí un aventón. Me subí al coche y me desmayé. Los enfermeros siguieron al auto, me alcanzaron y desperté en el hospital.

Cuando estudiaba arte dramático me resultaba fácil provocarme el llanto: bastaba conque recordara sucesos del manicomio. Principalmente a la muchacha que se acercó a mí cuando estaba esperando a Luciana y empezó a acariciarme el pelo con infinita ternura y, de pronto, se prendió de uno de mis senos. No me la podían quitar. Ella estaba encadenada, pero tenía una fuerza de león.

Cuando salí del manicomio me sentí incomprendida. Y decidí irme a vivir a la casa de Luciana. Era muy pobre; nos bañábamos a jicarazos. Hacíamos del baño en una letrina con cal. Me harté de esa vida y me tragué 50 Valium. Mi amiga me vio dormir durante varias horas; no se alarmó hasta que encontró mi carta póstuma. Ella sabía el teléfono de mi hermano y lo llamó. Andrés me llevó al hospital y ahí me salvaron la vida.

Mi hija está embarazada. Mi corazón de madre me avisaba que un peligro rondaba a mi niña. No quiere abortar. Su novio está guapo, joven y sano. Él no estaba entre los garañones que conocí en su fiesta. Mi hija se juntó con lo peor para hacerlo rabiar. Su familia vive modestamente. En cambio, mi hija está acostumbrada a lo mejor. Ella no sabe ni lavar un pañal, aunque cuando hay amor, se aprende. Por eso les dije:

—Tomen mi bendición, si les sirve de algo. Ayúdense. Quieren casarse. «Nunca me voy a separar de mi hijo», me dice mi hija. Qué bueno que piense así. A ver si con esto mi madre no desaparece. Dios le ha dado entereza para que resista los sufrimientos que le ha mandado. Ahora sí va a decir: *Hija de tigre...* La va a correr. En el último de los casos, que se vengan a mi casa. Trataré de adaptarme a sus ideas y ellos a las mías, porque va a ser una convivencia en seis metros. Para salir con su domingo siete, mejor se hubiera quedado a vivir conmigo. Pensaba que este año me iba a ir para arriba. Juré que me iba a hacer rica, aunque sea masturbándome, y ahora tendré que ser trimillonaria si mi hija decide tener a su bebé. ¿Abuela? ¡Dios! Si todavía soy una bella dama. No he visto que a la otras del oficio las traten como a mí. A donde vaya: lugares bajos, altos, sofisticados, medios, blancos, rojos y morados... En todos los ámbitos habidos y por haber, todos me reciben como reina. En los bares, que es una vida muy dura, y se bailan a cualquiera, me tratan como si fuera la patrona. Como la señora de las cuatro décadas, que *con su forma de ser es dueña de cualquier lugar*. Y eso que estaba más chula antes. Me arreglo y todavía doy el gatazo, a pesar de estos dientes. Por cierto, déjame mandarle un recado al dentista: ¡Chucho, auxilio! No mamo bien. Los clientes se quejan porque les duele, les jalo el pellejo, pobecitos. Chu-chi-to, tú no has querido saber qué sabe hacer esta boquita mía, pero escucha mi ruego: Doctorcito precioso, quisiera unos dientes de sueño, color perla, rendonditos para que no molesten a los clientes. El puente que me hiciste me lastima. Mi boca es una mina de oro. Arregla mi mina, que domina. Tú sabes: es divino besar a una mujer dueña de una dentadura preciosa. Ya sabes, me mocho, ahora que tu esposa está viajando con frecuencia... Ay, ya empecé de loca, pero la preocupación de mi hija no me permite salir a trabajar para distraerme. Y como no tengo con quién platicar, he estado escribiendo, revisando mis poemas... Te voy a

leer un pensamiento que escribí hace tiempo:

A los amigos no se les necesita decir: tengo necesidad.

A los amigos se les cuenta como a los dedos de las manos: uno por uno, va la cuenta y nunca más de diez.

A los amigos, por amigos, se les percibe como hermanos.

A los amigos, en sus pasos, no se les juzgan sus defectos; se les consuela en sus fracasos y se comparten sus aciertos.

A los amigos se les quiere sólo porque escuchan lo que tenemos y lo que hemos perdido.

A los amigos les debemos parte importante de la vida pues nos afianzan sus afectos cuando amenaza la caída.

A los amigos, no es necesario llamarlos amigos. Ellos lo saben y eso basta. Amigo fiel, gracias.

La voy a hacer canción, a ver quién la toca. Aunque todavía me falta pulirla. Tú tuviste la culpa de eso. Antes escribía bien. Ahora ya no me conformo. Todo lo que escribo me parece un pesebre: veo paja por todas partes. También me encontré una crónica, la que escribí cuando ibas a darnos clases de literatura a la cárcel. ¿Te acuerdas que por llegar tarde me dejabas leer hasta el último? Pues ahora soy la única. Ya la corregí y aquí te va la nueva versión:

Es un miércoles cualquiera de 1993, a punto de terminar agosto en la Penitenciaría de Tepepan, la mejor cárcel de toda la República.

Despierto a las siete de la mañana en mi safari —mi pedacito de celda— con un dulce gritote:

—¡Las de la fajina del segundo turno...!

Yo no hago mi fajina a esa hora, pero aprovecho para irme a hacer pipí, lavarme las manos y los dientes. Rezo y me vuelvo a la cama. Trato de dormir, pero a las ocho se escucha otro grito ensordecedor:

—¡La lista!

Me levanto con otro *Baruj Hashem* y me preparo un café de delicado y aromático sabor. Me siento cómodamente a tomarlo y me fumo un exquisito cigarro, prendo la televisión y veo las noticias. Al terminar mi cigarro tiendo mi cama y recojo un poco mi safari. Me pongo los guantes y las botas y me voy a hacer mis baños al área de gobierno —como los hago tan bien, puedo asearlos a la hora que me plazca—; no importa a qué hora, lo que les importa es que los haga. Los aseo rápido.

Después me voy a bañar, me pongo a tono para ir a clases de aeróbics, que están excelentes y sudo a más no poder. Duran una hora. Termino y subo rápidamente a cambiarme y a bañarme otra vez. Luego me voy a clases de cerámica donde me relajo bastante; en esa clase hay armonía si no asisten unas gordas argüenderas. Las maestras son lindas personas, sencillas y cariñosas. Después, córrele al psicólogo: 40

largos minutos de plática; me hace recordar hasta de lo que ya no me acordaba. Después, córrele al servicio médico a que me den algo para el dolor de cabeza; cotorreo un poco con los docs y de volada vuelvo a mi safari a comer algo del rancho, rápidamente, porque entro a las tres a la escuela. Claro, a estas horas ya me he fumado más de media cajetilla. En la escuela pido mi tarea rápido, pues a las cuatro empieza la clase de literatura, la Miss llega un poco más tarde, pero no falla. Así es que como a las 4:35 me safo de la escuela y le corro a literatura. Una chava da la clase, muy linda, atenta, bastante preparada, inteligente y seria, cuando la ocasión lo amerita. Y casi siempre lo amerita conmigo, pues llego tarde e interrumpiendo, pero con muchas ganas. Me llevo una chinga el resto de la semana para hacer la tarea que deja la Miss y traducir las palabras que dice; claro, es muy letrada, habla como se debe. Pero una que es tan bruta, no le entiende mucho; hasta parece que habla otro idioma. Ahí me doy cuenta de que aquí se pierde el buen decir. Y como yo no me jacto de ser una neófita, con más ganas voy. La Miss de literatura me explica el significado de las palabras. Nunca me deja con la duda y eso me estimula. Mi escritura y versos le gustan. Me agrada esa clase porque, además de que nos enseña formas y métodos para escribir, nos obliga a sabernos escuchar entre nosotras. Cada una lee su cuento y guardamos compostura; me relaja que nos tengamos respeto. Pacientemente esperamos turno para leer nuestros trabajos. La maestra analiza cada uno de los textos. Por más brutas que seamos, entendemos lo que ella nos quiere hacer entender. No sé las demás, pero en lo que a mí respecta, hasta me olvido de que estoy aquí. Es una gran clase por las discusiones y el ambiente bohemio que se respira. Aunque a veces yo u otra se sale del tema y cuenta cosas que no van; pero esto permite que nos soltemos a reír, llorar, gritar y hasta pelearnos.

Después de estar tan a gusto, le corro a mi safari para dejar mis cuadernos y libros. Tomo mis guantes, me pongo las botas, me tomo mi Coca —con apellido: Coca Cola— y el libreto de *Chin Chun Chan* y bajo a limpiar los baños. Termino sudando. Tomo mi chocho y corro a lavarme las manos. A cambiarme las botas por las zapatillas y entro barriéndome al auditorio para ensayar. Después de dos horas salgo harta. Las argüenderas nunca se ponen de acuerdo en nada y a mí me traen jodida; siempre me están echando cacayacas, pero ni las pelo. Si les contesto me va peor, así es que tomo una actitud de no oigo, no oigo, soy como el palo encebado y todo se me resbala. Hasta cierto punto me gusta que me estén jodiendo; eso quiere decir que les soy muy importante. ¡Cómo se ponen cuando llevo mi televisión al auditorio! Todas discutiendo contra mí en vez de ensayar; yo las tiro de a lucas y me pongo a ver mi tele. Les revienta, pero con eso les demuestro que me abstengo y que me viene valiendo sombrilla lo que digan.

Acabando dizque de ensayar, subo casi muerta de cansancio, me doy un baño, rezo y doy gracias por un día más y caigo rendida.

Cuando ya estoy bien jetona, a las 2 am, llegan a hacer cateo. Para desquitarme por haberme despertado, empiezo a fregar a las custodias:

—Revisen bien, a ver si encuentran un dinero que no sé dónde lo puse. Cuidado con mi mota o los chochos, no me los vayan a regar. Busquen con calma.

Y las jefas se ponen negras de coraje y empiezan a sacar me todo, y conforme van sacando, les voy diciendo:

—Caliente, caliente...

Claro que no tengo nada de eso. Pero ya que sacaron y revolvieron todo, les digo:

—Hum, jefas, ya ven. No encontraron nada, ni esculcar saben.

Y me quedo a acomodar mis pertenencias hasta las tres o cuatro de la mañana. Me acuesto. Ahora sí, a dormir.

Ése es un día común y corriente de mi descansada vida en Tepepan Beach. Todo eso lo hago sin salir de aquí. Sin necesidad de gastar en escuelas, comida, gasolina, luz, teléfono, agua, predial...

Ya no te voy a leer nada. Tampoco quiero seguir hablando. Ten, llévate mi tambache de poemas. No te corro, querida, pero ya vete. Me voy a dormir. Sólo quiero descansar en paz. Necesito una tumba. Si sabes de una, me avisas. Estoy cansada, arrugada, triste, desilusionada y ahora... Abueliada.

Santa María la Ribera, 1994